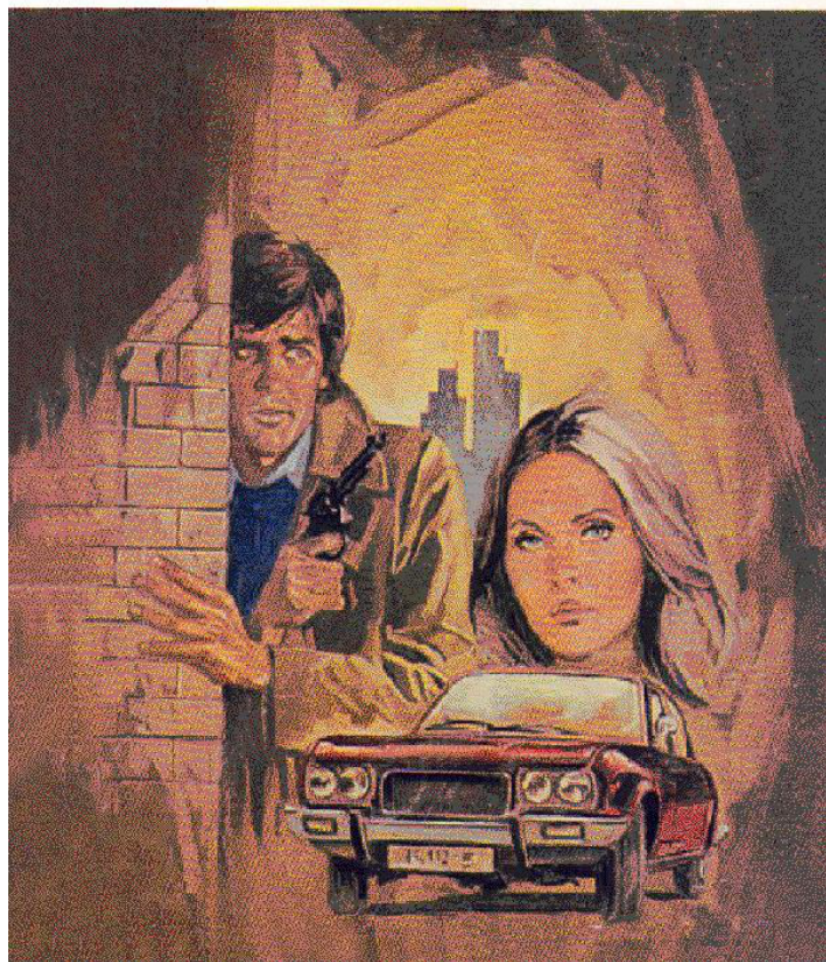


BOLSEROS BRILLANTE
**PUNTO
ROJO**

unidos en el crimen

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

UNIDOS EN EL CRIMEN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 754
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 34.197 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: octubre, 1976

© Keith Luger - 1964

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. — La historia de Bill *el Melenas*

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.363. — Telegrama de un muerto

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967. — El Oeste en llamas

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:

581. — Tres hombres van a morir

En Colección PUNTO ROJO:

750. — La ciudad perversa

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby *el Llorón*

En Colección ASES DEL OESTE:

908. — Más espesa es la sangre

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

353. — Un explosivo llamado Jane

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. — La chica del rifle de oro

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5. — *Asesino* Murray

CAPÍTULO PRIMERO

Robert Mitchell entró en la modesta habitación donde tenía instalado su despacho como detective privado.

Aquella mañana del día 30 de enero de mil novecientos cincuenta y seis, estaba nevando en Nueva York, y Mitchell, sin quitarse el sobretodo, corrió a su mesa y abrió el segundo cajón buscando la botella de *whisky* que una semana antes había comprado en prevención de la ola de frío que los comunicados meteorológicos señalaban como inminente para final de mes. Todavía quedaban un par de dedos de alcohol y los apuró al gollete. Luego, contempló tristemente el recipiente vacío y depositólo suavemente en el fondo de una papelera enrejada. Vaciló entre quitarse el abrigo o sentarse con él puesto y decidióse por lo último. Sacó un paquete de cigarrillos y extrajo uno, encendiéndolo en la temblorosa llama de un fósforo. Apenas hubo arrojado la primera bocanada de humo a la fría atmósfera, sonó el timbre de la puerta. Pegó un salto en el sillón, admirado de que tal cosa pudiera ocurrir a hora tan temprana, las diez, e inspirando profundamente, exclamó:

—Está bien. Adelante.

La puerta se abrió dando paso a un hombre robusto, con cara de boxeador retirado, quien se acercó a la mesa y, al detenerse, escupió por la comisura de los labios:

—¿Es usted Robert Mitchell?

El detective sonrió, barruntando que le caía el primer asunto del año, y dijo:

—Está hoy en su día de suerte, amigo. Yo soy Bob Mitchell.

—Estupendo —dijo el otro. Y se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta sacando un papel doblado que entregó a su interlocutor.

—¿Qué es esto? —inquirió Bob, frunciendo el ceño.

—¿Eso? Una factura de veinticinco dólares.

—No me diga. Estoy al corriente del pago de todos mis impuestos.

Su visitante lanzó una carcajada, explicando:

—No represento al tío Sam, compañero. Solamente a Isaías Smith. Un vendedor de muebles usados de la Calle 62 Este.

—Con que se trata de ese usurero, ¿eh?

—No me importa cómo lo llame. Lo cierto es que usted le debe veinticinco dólares por la compra que le realizó el mes de octubre del pasado año, y yo he venido a cobrarlos.

—De acuerdo, Joe —declaró—. Dígale a su jefe que mañana, sin falta, pasará a que me cambie un billete de cien.

El exboxeador se quedó un rato mirándolo en silencio y, por último, chasqueó la lengua, meneando la cabeza en sentido negativo:

—No, compadre —repuso—. A mí no me la da. Usted tiene que pagar ahora. Y no me llame Joe.

—Corriente, muchacho. Pero ¿por qué no ha de fiarse de mí? ¿Tengo cara de moroso?

—Sí, y le apuesto doble contra sencillo a que no tiene ningún billete de cien dólares, ni es probable que lo haya visto en mucho tiempo.

Mitchell dio un suspiro de resignación, asintiendo:

—Es posible que tenga usted razón, amigo, pero fíjese en esto.

—Bob señaló el mobiliario a que se refería la deuda—. ¿Cree, de verdad, que todo esto vale cuarenta y cinco dólares? ¡Le pagué veinte pavos a Isaías en concepto de adelanto! Puede estar seguro que con tal precio ese judío se ganó diez por lo menos.

—Escuche, Mitchell. Sé que Isaías es un tipo de cuidado, pero ¿qué quiere que le haga yo? Soy un empleado de la agencia Lo Cobramos Todo. Me limito a obedecer órdenes. Esta mañana me ha llamado el jefe y me ha dicho: «Anda, Rex, date una vuelta por el despacho de ese Mitchell y arráncale veinticinco dólares o la dentadura».

Bob se movió desasosegado en el sillón giratorio.

—¿Eso dijo su jefe?

—Ni una palabra menos. Tiene un negocio bueno. Ése sí que da dinero. —Rex giró una mirada especulativa en derredor, y luego

volvió a fijar sus ojos en los de Bob, rezongando—: ¿Cómo diablos se le ocurrió meterse a sabueso? Hay un centenar de agencias en la ciudad.

—Bueno; es lo que yo pensé también: ¿por qué no había de haber trabajo para uno más?

—¿Y lo ha tenido?

—Claro que sí. En octubre, a los tres días de abrir la oficina, una viuda me encargó encontrase a uno de sus perros que se había perdido en Central Park. En noviembre, una esposa desconfiada me comisionó para que averiguase los pasos de su marido, y en diciembre un tipo me llamó por teléfono diciéndome con voz temblorosa que le acababan de robar el volante, el cuadro de señales y los frenos de su coche. Me pidió que fuese a la dirección que me daba, pero como yo encontré aquello muy raro esperé unos minutos. Al poco rato me volvió a llamar diciéndome que todo estaba en orden.

—¿Qué había pasado? —preguntó Rex.

—Era sólo un borracho que la primera vez se había metido en la parte trasera de su coche.

El exboxeador lanzó una carcajada, y cuando dejó de reír, inquirió:

—¿Ésos han sido todos sus clientes?

—Exacto. Es el resumen de mi trabajo de cuatro meses.

—¿Y cuándo se va a dar por vencido?

Mitchell se incorporó del sillón, diciendo:

—Estaba esperando a alguien que trajera la misión de usted para cerrar el negocio. No tengo los veinticinco dólares. Puede llevárselo todo.

Rex hizo una mueca, protestando:

—Oiga, no debe tomarlo así. Yo sólo trato de ganarme el pan.

—Lo comprendo, Rex. No necesita excusarse ni dar explicaciones. Ande, cumpla con su deber cuanto antes.

Pero el exboxeador no se movió en un buen rato.

—Voy a hacer una cosa por usted, Mitchell. No sé por qué pero lo voy a hacer. Iré a mi jefe y le diré que no he encontrado a nadie en este despacho y que volveré por la tarde. Usted, entretanto, se larga por ahí y busca diez dólares que pagará a cuenta de los veinticinco.

—Le agradezco el detalle, pero no tiene necesidad de volver otra vez. Jamás encontraré los diez dólares. Ya no me queda nada que empeñar. Lo último que coloqué fue la máquina de escribir. He estado comiendo a cuenta de ella durante las dos últimas semanas.

—Bueno, quizá le salga un cliente de aquí a la tarde. Me voy de todas formas. Volveré hacia las cinco.

Bob se encogió de hombros y el empleado de Lo Cobramos Todo se dirigió hacia la puerta; cuando la abrió, volvióse diciendo:

—No se rinda, amigo. Hay que luchar hasta el último *round*.

Luego se marchó.

Mitchell se quedó mirando la puerta durante un rato, admirándose de que bajo la ruda apariencia del antiguo pugilista se escondiese un corazón tan blando. De pronto, el timbre del teléfono empezó a repiquetear.

Bob miró al micro un poco asustado, pero finalmente lo cogió y llevólo al oído, preguntando:

—¿Quién llama?

Una voz varonil, tan temblorosa como la suya, preguntó a su vez:

—¿Hablo con Robert Mitchell, el detective privado?

—El mismo, ¿quién es usted?

—No me conoce, señor Mitchell. El caso es que quisiera encargarle un asunto.

Bob tragó saliva, sintiendo que su corazón marchaba más aprisa.

—¿Continúa ahí, señor Mitchell? —preguntó el presunto cliente.

—Sí, claro que sí.

—Le decía que deseaba encargarle un asunto. ¿Cree que podrá atenderlo?

—Tengo mucho trabajo pendiente. No sé qué les pasa ahora a los neoyorquinos. Todo son encargos.

—Bueno, si usted no puede, ¿me quiere recomendar a un colega suyo?

—A pesar de todo, me encargaré personalmente de lo suyo. ¿De qué se trata?

—No sabe cuánto se lo agradezco, pero como es un poco largo será mejor que vaya a visitarle. ¿Puede recibirme dentro de una hora?

—Oh, no. A las once y media he de conversar con el fiscal del

distrito. Dispongo sólo de cuarenta y cinco minutos.

—De acuerdo, señor Mitchell. Iré. Hasta luego.

Bob fue a preguntar el nombre del cliente, pero no pudo hacerlo porque colgaron a la otra parte.

Encendió otro cigarrillo y continuó paseando como un león enjaulado. De vez en cuando se detenía para consultar su reloj. Faltando cinco minutos para expirar los tres cuartos de hora, se sentó tras la mesa, sacó unos papeles de una carpeta, la pluma estilográfica y se puso a escribir nombres de artistas de cine. Shelley Winter, Doris Day, Ava Gardner, Marilyn Monroe, Grace Ke...

Cuando se disponía a poner el apellido de la princesa de Mónaco, sonó el timbre de la puerta.

—¡Adelante! —repitió, por segunda vez, aquella mañana.

Un hombre penetró en el despacho. Frisaría en los treinta años de edad y era de talla corriente, cabello negro, ojos azules, nariz aguileña y aspecto anodino. Llevaba abrigo y sombrero de color gris y tenía las manos enguantadas.

—¿El señor Robert Mitchell?

Bob se incorporó, tendiendo una mano por encima de la mesa.

—¿Con quién tengo el gusto...? —inquirió.

—Dean Johnson.

—Siéntese, señor Johnson —repuso Bob, sonriendo—, en seguida le atiendo. Estoy haciendo la lista de los sospechosos de mi último caso y termino en un instante.

Johnson se sentó y Bob siguió escribiendo nombres.

«Linda Darnell, Jean Crain, Rita Hayworth, Lana Turner, Betty Gable...».

Por fin trazó una raya y levantó la cabeza, mirando a su visitante mientras exclamaba:

—¡Está claro! ¡No podía ser otro! ¿Qué decía, señor Johnson?

El aludido miró fijamente al detective, distendió los labios en una sonrisa y replicó:

—Verá usted, señor Mitchell. Ahora estoy pensando que, después de todo, quizá no encuentre usted interesante el trabajo que quiero encomendarle.

—Dígame de qué se trata y le contestaré —dijo Bob, dando por descontado que aceptaría cuánto aquel hombre pudiese encargarle.

Johnson se meneó inquieto en el sillón y declaró:

—Quiero que investigue la vida de John Harris, cierto tipo que no me es nada simpático.

—¿A qué se dedica ese Harris?

—Es un editor independiente. Se dedica a publicar folletos de las más variadas índoles, siempre por cuenta de firmas comerciales. Ya me entiende, casas que quieren un poco de publicidad barata. Harris se da buena maña para eso. Por ejemplo, hace una crónica del último combate de Rocky Marciano, intercala algunas fotos de la pelea y, al final, canta las excelencias de una embrocación.

—Comprendo. ¿Y qué es lo suyo, señor Johnson?

—Tengo un establecimiento de artículos para deportes en la Séptima Avenida, esquina con la calle 62.

—¿Por qué quiere que me ocupe de husmear la vida de Harris?

—Lo va a ver en seguida. ¿A qué cree que se dedica el señor Harris en sus horas libres?

Bob se acodó en la mesa y echó el torso hacia adelante mientras respondía:

—No me diga que aprende a tocar el clarinete por correspondencia.

—Peor que eso, Mitchell. —Johnson hizo una pausa buscando espectacularidad y añadió—: ¡Hipnotiza a la gente!

El detective compuso una mueca de espanto.

—¿Eso hace? ¿Cómo lo hace? ¿Acaso es usted una de sus víctimas?

—Si lo hubiese intentado conmigo le habría salido caro, pero desgraciadamente, el conejillo de indias ha sido mi prometida.

—Es un caso condenadamente interesante, señor Johnson. ¿Quiere hacer el favor de detallármelo?

—Con mucho gusto. Mi prometida se llama Vicky Martin. Acaba de cumplir los veinte años y trabaja en un bazar de juguetes. Es una criatura angelical. La conocí hace unos cuatro meses en un restaurante. Nos pusimos a hablar, simpatizamos y empezamos a salir juntos. En fin, usted ya entiende cómo son estas cosas.

—Claro que lo entiendo. ¿Y en qué punto entró en juego John Harris?

—Vicky se aloja en el apartamento 174 del Edificio Malcomb. En el de al lado, el 173, vive John Harris. Vicky empezó a hablarme de él a las pocas semanas de conocerle. Me dijo que su vecino se

mostraba extremadamente amable con ella. Se encontraron en el corredor o en el ascensor, y él siempre la obsequiaba con una sonrisa y unas frases galantes. No vi nada inconveniente en todo ello, pero un buen día, hace cosa de dos meses, Vicky me dijo que Harris era hipnotizador.

—¿Qué oportunidad tuvo de saberlo?

—La tarde anterior sintió un fuerte dolor de cabeza, y como no hallase un sedante, fue a preguntar a Harris si tenía alguno. El tipa le abrió la puerta; enterado de lo que ocurría, la hizo pasar, diciéndole que le iba a dar el remedio. La hizo sentarse en un sillón del *living-room* y la rogó lo mirase a los ojos. Vicky comenzó a sentir una relajación de músculos, fue perdiendo poco a poco la noción de lo que la rodeaba y se sumergió en una especie de vacío. De pronto la despertó una palmada y vio delante de ella a Harris, preguntándole jovialmente qué tal se encontraba. Vicky hubo de reconocer que no sentía la menor molestia y preguntóle, intrigada, de qué medios se había servido para quitarle la jaqueca. Entonces Harris le explicó que la había hecho objeto de una hipnosis en cuyo transcurso llevó a su subconsciente la convicción de que se encontraba perfectamente.

Johnson hizo una pausa que Mitchell aprovechó para sacar el paquete de cigarrillos. El cliente rechazó la invitación y él encendió uno, mientras aquél proseguía:

—Desde luego, como puede figurarse, aquello no me gustó nada, y dije a Vicky que procurase apartarse de Harris.

—Y supongo que su prometida no ha cumplido su deseo.

—De ello pude enterarme anoche. Vicky no me hizo el menor caso. Ha continuado viendo a Harris.

—¿Acaso le han seguido las jaquecas?

—No se trata de eso, sino que Vicky se ha interesado por los experimentos de Harris.

—¿A qué experimentos se refiere?

—Harris es uno de esos tipos chiflados que creen en la reencarnación. Ya sabe; eso de que cualquiera de nosotros ha vivido anteriormente otra vida. Pero como le digo, yo no lo supe hasta ayer. Estaba cenando con Vicky, y al notarla un tanto preocupada, le pregunté qué le pasaba. ¿Y sabe usted qué me contestó?

—Prefiero que me lo diga usted a adivinarlo.

—¡Que estaba pensando en su vida anterior!

—¿Sí? ¿Y qué fue en su vida anterior?

—Ni más ni menos que una mujer como ahora, pero entonces se llamaba Jean Hogan.

—¿Es posible que su prometida crea semejante patraña?

—Está firmemente convencida de ello. Al parecer, la tal Jean Hogan nació en Oswego, estado de Nueva York, a principios de siglo. Vicky jamás ha estado en Oswego y, sin embargo, mientras se mantiene en el estado hipnótico, contempla con claridad los alrededores del lago Ontario, donde se halla esa ciudad. Harris la ha hecho recordar en tres o cuatro sesiones la vida de esa Jean Hogan desde los cinco años de edad hasta los quince. En cada sesión hipnótica, Vicky recuerda cuatro o cinco años de su vida como Jean Hogan, y piensa continuar sometiéndose al experimento hasta conocer totalmente la existencia de la mujer que cree haber sido, antes de reencarnar en Vicky Martin. —Johnson hizo una nueva pausa y luego preguntó—: ¿He logrado hacerme entender, señor Mitchell?

—Perfectamente. Véalo si no. Su prometida, Vicky Martin, de veinte años de edad, está convencida de haber sido una tal Jean Hogan que nació en Oswego hace cincuenta años.

—¡Magnífico! Veo que ha comprendido.

—Ahora sólo falta que me diga qué es lo que desea concretamente de mí. ¿Sospecha, acaso, que John Harris está extorsionando a su prometida?

—No, y eso es lo curioso del caso. Harris no ha cobrado hasta ahora un solo centavo por sus sesiones.

Bob carraspeó, diciendo:

—Esto es un poco delicado, señor Johnson, pero desearía saber si usted está seguro de la fidelidad de su prometida.

Las mejillas de Dean se colorearon y, tras un minuto de silencio, afirmó:

—Vicky es una muchacha de moralidad intachable a ese respecto. Ella jamás podría hacer una cosa como la que usted insinúa, señor Mitchell.

—Sólo quería que usted me diese esa seguridad. ¿Conoce personalmente a Harris, Johnson?

—Nos encontramos hace unos diez días en el ascensor y Vicky

me lo presentó.

—¿Qué tal es?

—Parece tener cincuenta o cincuenta y cinco años de edad, y es de estatura regular, cabellos grises, ojos oscuros, nariz recta, boca pequeña y mentón firme. Estuvo muy cordial conmigo.

—¿No encontró nada sospechoso en él?

—En absoluto, y eso es lo que me inquietó. Me dio la impresión de ser la mar de corriente.

—¿Por qué, entonces, quiere que bucee en su vida?

—Yo le contestaré a esto, Mitchell. Anoche, después de dejar a Vicky en su apartamento, bajé en el ascensor, pero una vez en el vestíbulo, subí de nuevo y llamé en la puerta de Harris. Me abrió y me hizo entrar, después que le manifesté mi deseo de hablar con él. Preferí ir al grano y, sin preámbulo alguno, le rogué que dejase en paz a Vicky.

—¿Y qué le contestó Harris?

—Me dijo que yo era un ser prosaico, incapaz de reconocer el valor de sus experimentos con el Más Allá. Lo mandé al infierno, a él y a sus experimentos, pero lo hice en mala hora, porque lo único que conseguí fue que se creciese. Me aseguró que pensaba continuar sus ensayos con Vicky y que le tenía sin cuidado lo que yo pensase, mientras mi prometida acudiese a él por su propia voluntad. Entonces, yo, excitado por aquella conversación, me entrevisté inmediatamente con mi prometida y la amenacé con romper nuestro compromiso si persistía en verse con Harris —la voz de Johnson se quebró en un lamento—. Ella me contestó que podía irme con viento fresco donde quisiese...

—Siento lo ocurrido —dijo Bob.

—¿Se da cuenta, señor Mitchell? Quiero que investigue la vida de Harris para conseguir que Vicky vuelva a mi lado.

—Entiendo. Usted lo que quiere es ver si en el pasado de Harris hay algo en qué hincar el diente, al objeto de desembarazarse de él.

—Ni más ni menos, señor Mitchell, y estoy dispuesto a pagarle bien si lo consigue...

—Sólo tendrá que abonarme los honorarios corrientes. Diez dólares diarios, más los gastos. Naturalmente, ahora pagará tres días adelantados.

Johnson sacó la cartera de la que extrajo un fajo de billetes que

alargó por encima de la mesa.

—Le daré cien dólares a cuenta.

Bob cogió el dinero diciéndose a sí mismo que aquello empezaba a marchar, y luego preguntó:

—¿Cómo he de ponerme en contacto con usted para transmitirle mis informes?

Johnson le entregó una tarjeta, mientras decía:

—En las horas de trabajo me encontrará en mi negocio, y fuera de ellas, en la dirección de abajo. ¿Se dará prisa en comunicarme los primeros resultados?

—No se preocupe. Ha llegado a interesarme tanto el asunto que voy a posponer cuántos me ocupaban hasta ahora.

CAPÍTULO II

De pronto, Bob se acordó de algo y cogió el teléfono, marcando a continuación un número. Cuando descolgaron al otro lado, preguntó:

—¿Es la redacción del *Star*? ¿Quiere avisar a Peter Bowman?

Mitchell esperó un rato tarareando una canción, y al fin oyó preguntar:

—¿Quién llama?

—Soy Bob Mitchell, Peter. ¿Qué tal te va, chupatintas?

—¡Por todos los demonios, Bob...! ¡Creí que te habías muerto!

—He estado muy ocupado últimamente. Oye, Peter, te llamo para pedirte un favor. A ti no te será difícil hacerte con cierta información.

—¿Respecto a qué?

—Referente a una tal Jean Hogan, que nació hace cincuenta años en Oswego.

—¿En qué fue famosa?

—No lo sé. Ni siquiera tengo la seguridad de que existiese realmente.

—¡Demonios, Bob! ¿Qué clase de investigación tienes entre manos? Supongo que no habrás bebido demasiado *whisky* esta mañana.

—Sólo un trago. Te lo juro.

—Es la pretensión más rara que conozco desde que se inventó lo del «espíritu de Ginebra».

—Tú eres un tipo grande para eso. Dentro de hora y media estaré almorzando en el restaurante Locatelli. Pásate por allí con lo que tengas.

—¡Eh, muchacho! ¡Que yo no soy un cerebro electrónico!

Pero Mitchell colgó sin replicar e inmediatamente abandonó el despacho.

Desempeñó la máquina portátil en el negocio de Otto Steiger y regresó con ella a su oficina. No había echado la llave al marcharse y cuando empujó la puerta, se encontró con la mayor sorpresa de su vida. Dos clientes en la misma mañana era en verdad algo sorprendente. Pero que uno de ellos fuese una hermosa mujer, rayaba casi en lo absurdo.

—Supongo que es usted Robert Mitchell.

El detective recobró el movimiento y acercóse a la mesa, sobre la que dejó la máquina de escribir. Luego, fijó sus ojos en los de ellas, inquiriendo:

—¿Y usted quién es?

—La mujer sobre la que le ha hablado mi exprometido: Vicky Martin.

Si la mujer esperaba producir impresión con sus palabras, se equivocó, ya que Bob se quedó impertérrito, limitándose a encender un cigarrillo. Después de arrojar la primera bocanada de humo, dijo:

—¿Le importa cederme mi asiento, señorita Martin? Mis clientes se sientan a este otro lado.

Vicky aceptó la sugerencia.

—Me temía que Dean diese un mal paso en su afán de protegerme.

Bob se sentó en su sillón giratorio, pero ella continuó de pie frente a él.

—¿De qué iba a protegerla su exprometido?

—De nada, absolutamente de nada. Pero él no opina igual.

Bob carraspeó, indicando:

—Si no tiene inconveniente, quisiera establecer un poco de orden en nuestra conversación. En primer lugar, ¿cómo sabe que Dean Johnson ha contratado mis servicios?

—Me lo ha dicho él mismo hace media hora.

—Hizo mal.

—No se haga el hombre duro, señor Mitchell. No está trabajando para la Metro. La cosa está bien clara. Cuando Dean vino aquí a hablar con usted, seguía un plan preconcebido. Pensaba, una vez saliera de su despacho, telefonarme comunicándome que le había encargado a usted investigase la vida de John Harris. Esperaba, naturalmente, que yo diese mi brazo a torcer y prometiese no ver

más a Harris, haciendo las paces con él.

—¿De veras? ¿Y puedo saber si ese plan de su prometido se ha desarrollado tal como él quería?

—Exactamente.

—¿Quiere decir que usted no va a ver más a John Harris?

—Así es.

—¿Y volverá a ser la prometida de Dean Johnson?

—Eso no lo he decidido todavía. Le he dicho solamente que puede llamarme un día de éstos, y si lo creo conveniente, saldré con él.

Hubo un silencio, durante el cual el detective y la mujer no cesaron de escrutarse. Por fin, Bob aplastó el cigarrillo en el cenicero, mientras preguntaba, como ausente:

—¿Por qué ese miedo de que yo investigue en la vida de John Harris, señorita Martin?

El rostro de la joven se encendió.

—¡Yo no tengo miedo de eso, señor Mitchell! Es usted demasiado presuntuoso en sus suposiciones.

—Tengo un defecto. No me creo ni la mitad de las cosas que me dicen.

—Me importa un ardite que crea usted mis palabras, señor Mitchell. Dean le encargó a usted un asunto y, según me ha dicho, le anticipó cien dólares por su trabajo. Ahora debe cancelarlo. Estoy autorizada para indicarle que se quede con ese dinero en concepto de indemnización.

—Escuche, señorita Martin. Fue Dean Johnson el que me comisionó para este caso. De modo que es él quien debe retirarme su confianza. Con su permiso, voy a ponerme en contacto con Dean.

—Hágalo. Me trae sin cuidado.

Bob sacó de la cartera la tarjeta que le había entregado Johnson y, teniéndola a la vista, marcó el número de su establecimiento.

—¿Es el señor Dean Johnson?

—El mismo. ¿Quién es?

—Aquí Robert Mitchell, señor Johnson. En estos momentos se encuentra en mi despacho la señorita Vicky Martin. Me ha hablado...

—Oh, sí, desde luego, señor Mitchell... Vicky está conforme en lo de Harris. No volverá a prestarse para realizar ninguna sesión de

hipnotismo y ha prometido, incluso, no verle más... Creo que le va a enviar una carta rogándole no la moleste. Así las cosas, no creo sea necesario esa investigación que debía usted emprender. Desde luego, lamento haberle molestado y como pudiera darse el caso de que mi visita le haya hecho demorar alguno de sus asuntos pendientes, he pensado que se quede con los cien dólares como compensación.

—Corriente, señor Johnson.

Dean empezó a hablar de nuevo, pero Bob no quiso escucharlo y colgó el aparato.

Cuando miró a Vicky, ésta le obsequió con una sonrisa de triunfo.

—¿Está convencido ya, señor Mitchell? —preguntó con cierto retintín.

—Ya ha oído mi conformidad.

La joven dejó el cigarrillo encendida en el cenicero y se dispuso a marchar.

—Naturalmente, todo queda como antes —subrayó Bob—; pero hay algo a lo que quisiera que me contestase, señorita Martin.

—¿De qué se trata? —inquirió ella, a su vez, poniéndose en guardia.

—Es respecto a esos experimentos o sesiones que ha realizado el señor Harris. ¿Cree verdaderamente que usted ha podido ser otra persona antes de ser Vicky Martin?

—Me niego a contestarle, señor Mitchell —respondió la muchacha, y se dirigió con paso rápido a la puerta. Abrió ésta y volvióse, diciendo—: Buenos días.

Bob se quedó un rato mirando la puerta que se había cerrado y, finalmente, soltó una imprecación. Se había equivocado. Una hora antes, creyó que su suerte empezaba a cambiar, pero he aquí que ahora las aguas volvían a su cauce, con la sola diferencia de que había recuperado la máquina de escribir y con el dinero que le restaba podía pagar los veinticinco dólares pendientes del mobiliario y comer durante un par de semanas.

Comer, eso es lo que tenía que hacer ahora y olvidarse de Johnson, Harris y Vicky Martin. Salió del despacho sin olvidar cerrar con llave, y una vez en la calle, cogió un taxi y dio al conductor la dirección del restaurante Locatelli.

El propio Locatelli lo recibió levantando los brazos al techo, como si tratase de impetrar la ayuda de los dioses.

—¡Oh, caro amigo! ¡Señor Mitchell! ¿Ha estado en Europa?

—Peor que eso, tuve la escarlatina —repuso el detective muy serio—, pero ya pasó todo y ahora quiero recordar viejos tiempos comiendo lo de siempre. Di que me sirvan, para empezar, un Martini.

Bob dio cuenta de un plato de canalones y un solomillo. Con el café, pidió un cigarro de a dólar y lo encendió pausadamente. Estaba intentando recordar algún cine donde proyectasen una buena película, cuando recibió una palmada en la espalda.

—¿Cómo estás, Bob?

Era Peter Bowman, su compañero de la infancia en Portland, Tennessee.

Mitchell cambió un fuerte apretón con su amigo y le invitó a sentarse.

—Perdona que no te haya esperado, Peter. Pero tenía unos ruidos raros en el estómago.

—No te preocupes.

Bowman hizo una señal al camarero y, cuando se acercó, pidió lo mismo que Robert. Cuando el mozo se fue para cumplimentar la orden, fijó sus ojos en el rostro de Mitchell, mientras decía:

—Supongo que me darás la exclusiva, ¿eh, Bob?

—¿Qué broma es ésta de la exclusiva?

—La de tu caso.

—Oh, comprendo... —Mitchell hizo una pausa y luego añadió—: Ya no hay caso, Peter.

—¿Cómo dices?

—Ha sido como un niño muerto al nacer.

—¿Quieres sugerir que ya no trabajas en lo de Jean Hogan?

—Eso mismo. A un tipo loco se le ocurrió, al parecer, dejarse caer esta mañana por mi oficina. En cierto modo me alegro de ello. Estaba por medio esa mujer, Jean Hogan, que como te dije, ni siquiera creo que haya existido.

—Cuéntame. ¿De qué se trata?

—Un tipo llamado John Harris hipnotizó a la prometida de mi cliente y la hizo creer que había tenido una vida anterior. Ya sabes, el cuento de la reencarnación. No comprendo cómo hay personas en

su sano juicio que creen semejantes cosas.

—¿Y esa vida anterior de la prometida de tu cliente se refería a la de Jean Hogan?

—Eso es.

Hubo un silencio mientras el camarero dejaba el plato de canelones ante Bowman, y cuando aquél se hubo retirado, el periodista aconsejó:

—Tómalo con calma, muchacho. Jean Hogan existió realmente.

Bob estuvo a punto de tragarse el puro. Sacándoselo de la boca, rezongó:

—Repítele eso.

—Jean Hogan nació en Oswego a principios del siglo, ya que murió a los veintiséis años, en 1929.

—¿Cómo has logrado saberlo?

—Muy sencillo. Mi tío Tom estaba a mi lado cuando tú me llamaste por teléfono, y le conté lo que querías. Al oír el nombre de Jean Hogan se quedó muy pensativo, como si quisiera recordar algo, y al fin lo consiguió. Resulta que el caso de Jean Hogan hizo gastar ríos de tinta a los periodistas cuando nosotros acabábamos de ver la luz del mundo. Bueno, será mejor que ataque a los canalones. No me gustan fríos.

Mitchell contempló a su amigo mientras comía el primer plato y cuando lo vio limpiarse la boca con la servilleta, le disparó:

—¿Qué estás esperando? Suéltalo de una vez.

—De acuerdo —dijo Bowman—. Ahí va. El padre de Jean Hogan, Walter, se dejó caer por Oswego allá por la década del ochenta. Era un tipo extraño del que se contaban historias no menos extrañas. Por ejemplo, se decía que había ayudado a cierto general de la América Central a adueñarse del país frente a otro general rival. El bando por el que Walter luchaba triunfó y el general, su amigo, en agradecimiento, le entregó un cofre lleno de monedas de oro. Walter cogió su tesoro y se vino a Estados Unidos, estableciéndose en Oswego. Todo el pueblo hablaba del tesoro de Walter, pero lo cierto es que él no se desenvolvía de acuerdo con la supuesta riqueza. Se construyó una cabaña y en ella pasaba en solitario sus días. No bajaba a la ciudad más que cuando necesitaba reponer provisiones. En uno de esos viajes, conocería a una hermosa joven llamada Jezabel, con la que entabló relaciones que

terminaron en boda. De este matrimonio no hubo fruto sino al cabo de catorce o quince años. Ya te puedes imaginar que este retoño fue la Jean Hogan de tu historia. Contra lo que cabía esperar, al viejo Hogan no le debió de gustar que su mujer le diese una hija después de tres lustros de matrimonio y se volvió más arisco, si eso podía ser. Empezó a tratar mal a Jezabel, de tal forma, que ésta falleció unos meses después de haber sido madre.

En aquel instante, el camarero se llevó el plato vacío y puso en su lugar otro con el solomillo.

—¡Por todos los demonios, Peter! ¿Quieres acabar de una vez la historia? —protestó Bob, viendo que su amigo se disponía a utilizar el cuchillo y el tenedor.

El periodista le sonrió, replicándole:

—Cada cosa a su tiempo, compañero. No querrás que continúe el relato con el estómago vacío.

Mitchell mordisqueó el puro, pero hubo de conformarse. Para que el tiempo no se le hiciese tan largo, pidió al camarero le sirviera un *whisky* doble. Por fin, Bowman acabó el solomillo y pudo proseguir:

—Sospecho que te va interesando la historia, ¿eh, Bob?

—Y yo sospecho que te voy a tirar algo a la cabeza, si no la continuas en seguida. ¿Qué pasó con Walter Hogan y su hija?

—No ocurrió nada en particular durante los veinticinco primeros años de la vida de Jean, hasta que en 1928 se inició el drama que había de terminar en el año siguiente.

—Por esa época Walter tenía que ser ya un anciano.

—Tenía exactamente setenta y cinco años. Siempre había procurado que su hija se relacionase lo menos posible. Era un tipo insociable que se asustaba cada vez que veía a un joven rondar alrededor de su hija. El caso es que Jean, mujer al fin, y pese a la vigilancia de su padre, terminó enamorándose de un tal Reginald Barrie, un hombre que regentaba un puesto de gasolina en la carretera de Oswego a Siracusa. Sin duda los jóvenes entrevistábanse clandestinamente, pues cuando Walter se enteró, ya ellos se habían prometido un amor eterno. Como era de esperar, el viejo aventurero se opuso terminantemente a que su hija continuase sus relaciones con Barrie, pero éste no se arredró ante las amenazas y propuso a su amada que se fugase con él. A Jean no debió de

parecerle mala la idea, porque en la primavera de 1929 se marchó con Reginald a Fulton, donde se casaron.

—¿Cómo acogió el viejo el golpe?

—El flamante matrimonio fue a verle a su choza del lago pero Walter los echó a cajas destempladas, diciéndoles que no volviesen a pisar su casa. Jean tuvo que irse al puesto de gasolina con Reginald e instalaron allí su nido gozando de los únicos días felices de su vida. Todo se deslizaba normalmente hasta que llegó la noche del veintitrés de agosto. Un pescador que se dirigía a lanzar sus anzuelos en el lago, encontró a Walter muerto en las proximidades de la cabaña.

—¿Cómo murió?

—Le habían pegado con una piedra en la cabeza repetidas veces, hasta quitarle la vida. El pescador en cuestión se llamaba Henry Steel. Dio cuenta del hallazgo inmediatamente al *sheriff* y se iniciaron las investigaciones, las cuales no dieron resultado alguno. Fueron detenidos los vagabundos que acostumbraban a recorrer la comarca, pero no se pudo sacar nada en claro. En realidad, hubo pocos sospechosos, ya que Walter no tenía ningún enemigo en concreto. A pesar de su larga estancia en la localidad, no había hecho amistades, pero tampoco se había granjeado el odio de sus vecinos.

»Jean, a pesar del carácter de su padre sintió mucho su muerte. Era, al parecer, una mujer sensible. Todo esto que te cuento lo he sabido leyendo la colección del *Star*, y he visto una fotografía de Jean en la que, sin lugar a dudas, muestra su dolor. Está saliendo del Tribunal de Justicia de Oswego, y se le nota el rostro transido, mientras su marido la protege de las miradas curiosas.

—¿Y qué dijeron los reporteros respecto al supuesto tesoro de Walter? Supongo que lo sacarían a relucir.

—Naturalmente. Fue el caballo de batalla de investigadores y periodistas. Del examen que se practicó en la cabaña inmediatamente que la policía tuvo en sus manos las riendas del asunto, se pudo deducir que había sido concienzudamente registrada. Incluso la persona que se ocupó de este trabajo había levantado algunas tablas del piso. La conclusión sacada fue que, quienquiera que fuese no había conseguido encontrar lo que buscaba. Reginald Barrie propuso a su mujer hacer un viaje para

apartarla de la atmósfera que rodeaba las pesquisas, y al parecer, marcharon a California. Regresaron a Oswego a finales de noviembre de ese año 1929, y, como cosa curiosa del caso, fueron a vivir a la propia cabaña de Walter Hogan. Reginald tenía un pequeño coche «Ford», con el que se trasladaba todos los días hasta su puesto de gasolina, regresando por la noche, aun cuando a veces, si era necesario, se quedaba en el negocio.

—¿No sabes de quién fue la idea de vivir en la cabaña?

—Reginald comunicó a la policía que había sido deseo de su mujer. Pero no precipitemos los acontecimientos. El dieciséis de diciembre cuando apenas llevaban unas semanas instalados en la cabaña del lago, sobrevino la segunda parte de la tragedia. Un guardabosques llamado Kennedy avistó un incendio desde el sitio en que se encontraba, a unas seis millas de Oswego, en la orilla del lago. Telefonó al puesto de guardia de la Jefatura Forestal de la ciudad y luego él, en un coche particular que consiguió detener en la carretera, se dirigió al lugar del incendio. Era la casa de los Hogan. Declaró después, y el testigo que le acompañaba, el conductor del coche, ratificó su testimonio, que la casa ardía por los cuatro costados. Intentaron acercarse a ella, pero cuando se hallaban a unas yardas hubieron de retroceder por el terrible calor que salía de aquel homo. Llegaron los refuerzos de Oswego y procedieron a la extinción del fuego, cosa que no lograron sino cuando la casa siniestrada quedó reducida a cenizas. Reginald Barrie se presentó también y como no encontrase a su mujer entre los que se hallaban presenciando la terrible escena, se volvió como loco. Al fin los bomberos pudieron abrirse paso entre las ruinas y, tras una hora de búsqueda, encontraron el cadáver de Jean Hogan completamente calcinado.

—Me figuro que harían de todo ello un caso sensacional.

—Desde luego, así fue... Se juntaban demasiados ingredientes de fuerte atracción para que los directores de los periódicos de Nueva York pasaran aquello por alto. Enviaron a Oswego a sus mejores reporteros y fotógrafos. Los sucesos fueron aderezados convenientemente por la veteranía y pericia de unos periodistas deseoso de echar a la fiera, el público, un buen pedazo de vida palpitante. Se habló del tesoro de Walter Hogan, de su extraña existencia, de su matrimonio con Jezabel, del nacimiento de Jean

quince años más tarde de su oposición al casamiento de ésta con Reginald, del misterioso asesinato del viejo y, por último, de la horrible muerte de su hija.

—¿Qué determinó la policía, respecto a la causa de aquel siniestro?

—El dictamen fue: «Incendio casual sin circunstancias para emitir una hipótesis contraria». Naturalmente, la prensa sensacionalista no admitió tal veredicto. Hubo incluso un diario de Nueva York que pagó por su cuenta a una agencia de detectives privados para que investigase el caso, pero ni estos sabuesos ni los de la policía de Oswego pudieron encontrar la más leve prueba en que sustentar una acusación criminal contra determinada persona.

—¿Y Reginald Barrie? ¿Pudo probar su coartada aquella noche?

—Uno de sus empleados de la gasolinera y un cliente declararon que Reginald se hallaba en su negocio de diez a once de la noche, quedando acreditada su inocencia, puesto que se estableció que el incendio se había iniciado a las diez y media. —Bowman hizo una larga pausa, mientras encendía un cigarrillo y luego añadió—: No, compañero, Reginald no tuvo nada que ver con aquello. Sintió tanto la pérdida de su esposa, que no pudo resistir mucho tiempo el continuar viviendo por aquellos lugares. En febrero de 1936 traspasó el negocio y se vino a Nueva York.

—¿Y qué hizo aquí?

—Mis noticias se concretan solamente al punto en que Reginald Barrie abandonó Oswego. Luego he seguido buscando, pero no he encontrado nada. Los periódicos, por aquel entonces, tenían demasiado trabajo con el desastre de Wall Street y los fantásticos problemas que creó la depresión.

—¿Eso es todo? —preguntó Mitchell.

—¡Por todos los infiernos! ¿Te parece poco? Si el olfato no me engaña, acabas de dar con un filón, Bob. ¡Y vive Dios que estoy dispuesto a romperte las narices si no me ofreces parte de él!

—¡Qué filón ni qué rábanos! No puedes desmentir tu casta. Vosotros, los periodistas, inventáis un reportaje sensacional de cualquier cosa.

—¡Que me maten si lo tuyo no es pura jalea...! Anda, dime si no, por qué la prometida de tu cliente dice que en su vida anterior ha sido Jean Hogan.

—Yo te diré lo que opino, Peter. Es tan simple como cortar mantequilla.

—Cuéntalo, genio.

—Las cosas han sucedido así. John Harris es un vivales que ha pretendido impresionar a Vicky Martin, la novia de mi cliente. Lo verías claro como yo, si hubieras conocido a Vicky. Es una hembra de campeonato. Tiene todo lo que un productor de Hollywood puede exigir a una mujer para envolverla en un «sarong» y ponerla a bailar el

hula-hula

en la playa de Waikiki.

—¿Quieres decir que ese Harris, para lograr que *la* muchacha se interese por él, la ha hipnotizado metiéndole en la mollera esa historia de que hace treinta años vivía en la tierra con el nombre de Jean Hogan? ¡A otro perro con ese hueso!

—Ha de ser así. John Harris debió recordar casualmente aquel suceso de los Hogan en el momento en que tenía hipnotizada a Vicky, y la hizo conocer el pasado de Jean. —Mitchell quedó pensativo y después añadió—: Solamente que mi cliente, Dean Johnson, me aseguró que Vicky y Harris en sus experimentos, sólo habían llegado a los quince años de la vida de Jean. Por lo tanto, Vicky desconoce todo lo sucedido entre los años 1918 y 1929.

—Daría mi brazo derecho por saber lo que pasará cuando Vicky empiece a recordar la noche del 16 de diciembre de 1929, cuando Jean murió abrasada en la cabaña del lago.

—Pues te quedarás con las ganas.

—¿Por qué?

Mitchell dejó displicente sobre el mantel el importe de la comida y respondió:

—Por algo muy sencillo, Peter. Los experimentos de hipnotismo entre John Harris y Vicky Martin se han acabado. Ésa es la causa de que yo haya terminado también mi trabajo antes de iniciarlo. Vicky prometió a Johnson que le enviaría una carta de despedida a John Harris. ¿Te das cuenta? Yo me he quedado sin mi cliente y tú sin el reportaje. Hasta la vista, muchacho.

Mitchell se dirigió hacia la salida del local y, cuando se encontraba en la puerta, volvió la cabeza, observando que su amigo todavía mostraba una mueca de estupefacción.

CAPÍTULO III

A poca distancia del restaurante de Locatelli Bob se detuvo ante un kiosko de periódicos, compró el *Star* y, cuando entregaba las monedas, su mirada se posó en un folleto que llevaba por título «La gran carrera de Indianápolis de 1955», por J. Harris. Su importe era veinte centavos. Adquirió también el librito y, pocos minutos más tarde; penetraba en un bar y se sentaba ante una mesa situada en un rincón. Mientras le servían el *whisky* que pidió, abrió el folleto y hojeó sus páginas. Era el relato de la cruenta carrera de la más célebre pista de bólidos de Estados Unidos. Se insertaban fotografías escalofrantes en que se veían los coches chocando unos con otros o los cuerpos relajados de las víctimas. En la parte inferior de cada página había un anuncio que decía: «Aceite lubricante “Chanciller”. El aceite de los campeones». Al final del folleto se insertaba la dirección de la oficina de J. Harris, Calle 47, Edificio Ruber apartamento 12.

Bob se mantuvo pensativo durante un buen rato, mientras bebía su *whisky* a pequeñas dosis. Por fin, tomó una decisión, y después de pagar su consumición, salió del bar, se metió en un taxi y dio al conductor la dirección del Hotel Alabama.

El propietario del mismo, Cass Robson, lo llamó cuando quiso pasar de largo hacia el ascensor.

—Lo siento, señor Mitchell —le dijo—. Pero ya debe dos semanas por su apartamento y no puedo esperar más.

El detective dio un suspiro y sacó un fajo de billetes del bolsillo dejando encima del *comptoir* veinte dólares, acto que tuvo la virtud de provocar asombro inaudito en el rostro de Robson.

—¿Quiere ver si falta algo? —le preguntó Bob.

El director del hotel tragó una bocanada de aire, carraspeó y esbozó una sonrisa, diciendo:

—Estoy seguro de que está todo. Gracias, señor Mitchell. Es un

honor tenerlo entre nosotros.

—De acuerdo, Robson, pero dejará de tener ese honor si no me cambia las sábanas con más frecuencia, arregla el grifo del lavabo inmediatamente y substituye el perchero por otro nuevo.

—¡No faltaba más! —repuso Cass con el rostro enrojecido—. Tomo nota de todo ello.

Mitchell asintió con la cabeza y subió a su apartamento, donde tomó un baño y se cambió de traje.

A las tres y media pulsaba el timbre del apartamento 122, sobre cuya puerta había una placa en la que se leía: «J. Harris. Publicidad».

Le abrió un muchacho de unos quince años, que vestía un traje verde con botones dorados. Bob miró por encima de su cabeza y pudo ver un pequeño vestíbulo separado por una vidriera de una vasta sala, a uno de cuyos lados, el derecho, se hallaban dos mujeres y un hombre aporreando sendas máquinas de escribir. Al fondo había una puerta en la que se leía la palabra «Dirección».

—¿Qué desea el señor? —preguntó el muchacho.

—He de ver al jefe.

—Pues llega a tiempo. No hace más de diez minutos que ha entrado en su despacho.

El botones le precedió cruzando el vestíbulo y recorriendo el pasillo formado por un mostrador a lo largo de la sala.

Mitchell vio por el rabillo del ojo que sus pasos eran seguidos por una de las mujeres, una joven rubia, de unos veintitrés años, de muy buen ver.

Su pequeño guía le señaló un sillón para que se sentase, preguntándole a continuación a quién debía anunciar. Bob dio su verdadero nombre, reservándose su profesión. El botones entró en la dirección y un minuto más tarde reaparecía, diciendo:

—Puede pasar, señor Mitchell.

El detective penetró en un lujoso despacho en el que había un tresillo una biblioteca, una mesa de cien dólares y un hombre.

—¿En qué puedo serle útil, señor Mitchell? —preguntó, tendiendo una mano a su visitante.

Bob cambió el apretón de rigor y aceptó la invitación que le hacían para sentarse, ocupando un cómodo sillón frente a Harris.

—Quizá haya oído hablar de nosotros —sugirió el detective.

—¿Los Mitchell de Baltimore, fabricantes de neumáticos?

—No, es mucho más arriba. Represento a los Mitchell de Riddeford. Ya sabe, pesquerías de arenques y bacalao. —Bob sacó del bolsillo del abrigo el folleto de la carrera de Indianápolis y lo exhibió, mientras decía—. El caso es que pensamos hacer un poco de publicidad para la próxima campaña y pensando a quién dirigirnos, he tenido la oportunidad de conocer los métodos que usted emplea, señor Harris. Me han parecido bastante convincentes y desearía me hiciese un estudio para aplicarlos a nuestros productos.

Harris sonrió, mientras sacaba una pitillera de plata. Ofreciéndola abierta a su interlocutor, el cual cogió un cigarrillo. Ambos encendieron y, después de arrojar sendas bocanadas de humo, el publicista declaró:

—Celebro que mi trabajo haya llamado su atención, señor Mitchell. Estoy muy satisfecho por los resultados alcanzados últimamente. Le puedo mostrar cartas de agradecimiento de más de una docena de importantes firmas que han confiado su publicidad a nuestro departamento en el transcurso del año pasado.

—No es necesario. Me basta con que me haya interesado a mí. Ahora le agradecería me diese las cifras de tirada y una idea sobre el folleto que podría editar destinado a propagar nuestros productos.

—La tirada es bastante grande. Naturalmente, depende de lo que ustedes quieran invertir, pero yo opino, por mi larga experiencia en esta materia que sólo se consiguen resultados óptimos por encima de los doscientos mil ejemplares. Quizá le parezca a usted demasiado, pero desechará tal idea, si le digo que tengo asegurada su distribución por todo el país. Es el detalle más importante de este negocio. Una distribución perfectamente racional, que llega a los más apartados rincones de Estados Unidos.

—Muy bien. Me parece una cifra acertada. ¿Me puede adelantar ahora una idea sobre el contenido del folleto?

Los ojos de Harris miraron al techo, como si estuviese contemplando la ascensión del humo de su cigarrillo, y transcurridos un par de minutos, volvió la mirada a su visitante, proponiendo:

—¿Qué le parece esto? Podríamos publicar un reportaje sobre la

pesca submarina. Está ahora muy de moda. Naturalmente, insertaríamos una colección de buenas fotografías sobre la fauna de los abismos, dejando el espacio suficiente en cada página para intercalar los anuncios.

Bob se pellizcó la barbilla en actitud reflexiva, y de pronto dijo, haciendo chasquear los dedos de su mano derecha:

—No es malo eso. Pero *yo* lo enfocaré de otra forma. Es decir, admitiendo el reportaje sobre las profundidades del mar, esos hombres no buscarían peces sino un tesoro.

El rostro de Harris permaneció imperturbable, mientras repetía:

—¿Un tesoro?

—El público se siente atraído por todo eso. Recuerde la atención con que han sido seguidas las peripecias de ese grupo de deportistas submarinos que el verano pasado trató de encontrar en las Antillas un antiguo galeón que se decía transportaba oro a España, y también ha habido otros muchos que han hecho investigaciones cerca del istmo de Panamá. ¿Se da cuenta? Podría usted establecer un paralelismo entre esos tesoros sumergidos, perdidos hace siglos, y la riqueza visible que la casa Mitchell extrae del mar, poniéndola al alcance de sus consumidores. ¿Qué dice usted?

Harris no replicó nada, de momento, porque súbitamente, empezó a repiquetear uno de los teléfonos que tenía sobre la mesa. Se excusó y, cuando se llevó el auricular al oído, dijo:

—¿Quién llama...? Oh... sí... No, no lo he olvidado... El caso es que me encuentro atendiendo a un cliente... Será cuestión de media hora. Espérame en el Pingüino. Yo acudiré allí. De acuerdo... Hasta luego.

Depositó el aparato, dirigiéndose a Bob mientras sonreía:

—Me parece que tiene usted aptitudes para la publicidad, señor Mitchell. Me parece muy buena la idea de establecer una comparación entre esas clases de tesoros.

—Es lo que yo digo. ¿Quién no ha soñado alguna vez en hallar uno? —El detective se incorporó, añadiendo—: Bueno, no le entretengo más. Yo tengo que marcharme ahora a Riddeford, pero regresaré dentro de dos o tres días. ¿Cree que podrá tener todo listo para entonces?

Harris se puso también en pie y dio la vuelta a la mesa, deteniéndose junto a su presunto cliente.

—Puede estar seguro de ello, señor Mitchell. Pero quisiera me dijese cuánto piensa invertir en esta operación, a fin de fijar el número de páginas y de ilustraciones.

—¿Le parece bien diez mil dólares?

—Magnífico. Haré el estudio de acuerdo con ese presupuesto.

Se dirigieron a la puerta, se estrecharon nuevamente la mano y Bob salió del despacho.

Mientras cruzaba el largo corredor sintió sobre sí los ojos de la rubia y la obsequió con una mirada de simpatía.

Una vez en la calle se dirigió con paso rápido al Club Pingüino, donde penetró quince minutos después de dejar a Harris.

Descubrió una cabina telefónica desde cuyo interior podía observar más de la mitad del local y se introdujo en ella, descolgando el teléfono para aparentar que lo estaba utilizando.

Sólo tuvo que esperar dos minutos para ver entrar en el Pingüino a John Harris, el cual, tras detenerse en el umbral, en actitud de buscar a alguien, se dirigió resueltamente a un lugar que quedaba fuera de la vista de Mitchell. Éste soltó una imprecación por su mala suerte, pero decidió que debía salir para echar una ojeada a la persona con quien se había citado Harris.

Así lo hizo. Encaminóse a un extremo de la barra y se sentó, pidiendo un Martini. Entonces la vio reflejada en el espejo. Ciertamente no era Vicky Martin, pero sí una mujer que podía competir en belleza y hermosura con ella. Tendría unos veinticuatro o veinticinco años de edad y era de cabello castaño y ojos negros.

Bob decidió que no debía desaprovechar su oportunidad y, tras pagar lo que debía y ajustarse el nudo de la corbata, saltó del taburete que ocupaba y echó a andar hacia la puerta con resolución. De pronto, al llegar a la altura de la mesa en que se encontraba la joven, miró hacia ella e hizo una mueca de asombro, mientras exclamaba:

—¡Caramba! ¡Si es Dorothy! —Se acercó a ella, rápidamente, y apoyó las manos en la mesa, diciendo—: ¿Cómo te va, chica?

Ella agrandó sus ya enormes ojos, un poco confusa.

—¿Cómo me ha llamado?

—Dorothy, Dorothy Lancaster... ¡Bar todos los demonios! Hace más de cinco años que no veía esa naricilla respingona. ¿Desde cuándo estás en Nueva York?

La muchacha apretó el cigarrillo que fumaba en el cenicero y con gesto de ironía repuso:

—Creo que se ha equivocado usted. Yo no soy la persona que usted cree.

—No es posible que me confunda. Soy un buen fisonomista. ¿Es que no te acuerdas de mí? Soy Bob Mitchell. Tú y yo vivíamos en Portland, Tennessee.

—Escuche, amigo. Jamás en mi vida he pisado ese pueblo.

—Pues no lo comprendo.

—Yo sí. Está aburrido y quiere entretenerse. Búsquese otra chica. No acostumbro a bailar ni salir con desconocidos.

Bob hizo un gesto de resignación, admitiendo:

—Está bien, usted gana. Es lo que acaba de decir. Me encuentro aburrido... Pero yo no tengo la culpa de que sea usted la chica más linda que he visto en este local... y además, se encuentra sola.

—Lo estaré por poco tiempo.

—Eso no es cierto. Vi cómo se iba su hombre. Apuesto a que si la dejo en paz, se marcha a su casa a ver la televisión.

—Quizá me guste más que su compañía.

—Comete un error. Sé hablar de muchas cosas, tengo un repertorio de chistes y no soy un mal bailarín. Deme una oportunidad y quedará convencida de todo ello.

—Al parecer, se quedó usted sin abuelita muy pequeño.

—De acuerdo, señorita... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No se lo dije.

Bob hizo chasquear la lengua, dio media vuelta y se alejó de la mesa.

Una vez en la calle, se encaminó hacia la izquierda y detúvose a unas diez yardas del Pingüino, pegándose al escaparate de una tienda de bisutería.

Conforme esperaba, la atractiva joven no tardó en salir y se puso a andar en dirección contraria al lugar donde él se hallaba.

Bob fue tras de ella y la muchacha, tras un titubeo, se sumergió en el interior de un taxi que arrancó inmediatamente. El detective estaba preparado para tal contingencia y se apresuró a tomar otro coche, indicando al conductor que no perdiese de vista al que le precedía.

Mitchell bajó de su coche, ordenó al taxista que lo esperase y

acercóse, con paso lento, al edificio en que había entrado la amiga de Harris.

En el vestíbulo se hallaba el encargado, sentado en una silla, leyendo una novela de crímenes. Bob se detuvo ante él, diciendo:

—Le gustan las emociones fuertes, ¿eh, amigo?

El otro apartó la mirada de la novela y midió de pies a cabeza a quien interrumpía su lectura.

—¿Qué es lo que vende? —preguntó con gesto adusto—. Hoy estoy harto de pelmas.

—No vendo, amigo. Compró.

—Sí, ¿eh?

Mitchell sacó el fajo de billetes que iba disminuyendo de tamaño con velocidad alarmante y apartó dos dólares.

—Compró información —declaró—. Un par de palabras y son suyos estos dos pavos.

—Pruebe, compadre.

—¿Cómo se llama la joven que acaba de entrar?

—Edith Foster —repuso el encargado, alargando la mano para coger los dos dólares.

Pero Mitchell retiró el dinero, manifestando:

—Soy el representante del concurso «Doble o nada». —Hizo una pausa y agregó otros dos dólares a los primitivos, mientras añadía —: Hábleme de la señorita Foster y se lleva todo sin tener que pagar su parte al Tesoro.

Su interlocutor tragó saliva y, tras mojarse los labios con la lengua, contestó:

—Sume un dólar más, pague por adelantado y tendrá lo que quiere.

—¿No se fía de mí?

—No me gustan los chicos avispados.

Mitchell sonrió, pero entregó los cinco dólares al encargado. Éste contempló cariñosamente los billetes y después dijo:

—Hay muy poco que contar. Llegó aquí hace tres semanas. Trajo una sola maleta. En todo este tiempo no ha recibido a nadie en su apartamento.

—¿Tiene teléfono?

—Sí, pero es directo. No ha habido nada que hacer sobre este particular.

—¿Y cartas?

—Sólo tuvo una. Traía el matasellos de Oswego.

Bob sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Quién la enviaba?

—No había remitente, y yo respeto el secreto de la correspondencia de los inquilinos.

—¿Ha salido ella de noche?

—Mi turno termina a las nueve. Pero por el que me sustituye, sé que regresó un par de roches después de la una de la madrugada. Siempre sola. Ésta es una casa decente.

Bob dio las gracias por la información y abandonó el edificio.

Quería distraerse porque ya no tenía nada que hacer y dio al conductor del taxi la dirección del Monumental Cinema, donde vio la última película de Edward G. Robinson. Una historia de *gangsters*, como casi todas las que protagoniza el actor. A las seis y media salió del cine y se dirigió a su despacho por inercia. Estaba abriendo la puerta cuando desde el corredor oyó repiquetear el teléfono. Se coló dentro rápidamente, corrió a la mesa y descolgó, diciendo:

—Está bien, aquí Robert Mitchell.

—Soy Dean Johnson, señor Mitchell. He estado llagando a su despacho, desde hace media hora. Necesito que se ponga a trabajar inmediatamente.

Bob dio un bufido.

—¿Qué se ha creído que es esto, Johnson? ¿Un juego, acaso?

—No pierda tiempo en sermonearme. Le doy la *razón* de antemano, pero el caso es que mi prometida, Vicky Martin, ha desaparecido.

CAPÍTULO IV

—¿Desaparecido...? —repuso Mitchell, haciendo un gallo—. ¿Cómo lo sabe?

—Me ha enviado esta tarde una nota —contestó Johnson al otro lado del hilo— diciéndome que se marchaba de la ciudad y que no intentara buscarla.

—¿No sabe la dirección que puede haber tomado?

—En absoluto... ¿Sigue queriendo encargarse del asunto?

—Nunca me he apartado de él, Johnson. Por lo tanto, ahora sólo voy a proseguir. Ya tendrá noticias mías.

Inmediatamente Bob cortó la comunicación con la mano libre, sacó del bolsillo el folleto sobre la última carrera de Indianápolis, buscó el número de teléfono de John y lo disco.

Una voz femenina le hizo cosquillas en el oído.

—Agencia de publicidad de John Harris. ¿Qué desea?

—Aquí Robert Mitchell, de las pesquerías Mitchell. Hablé con su jefe esta tarde, señorita. ¿Quiere ponerme en comunicación con él?

—Lo siento, señor Mitchell. El señor Harris no se encuentra en estos momentos en la oficina.

—Bien. Volveré a llamar dentro de quince minutos.

—Lo lamento, señor Mitchell, pero el señor Harris está ausente de Nueva York.

—Bueno, el caso es que tenía necesidad perentoria de cambiar impresiones con él acerca de un trabajo, que ha de realizar por mi cuenta. ¿Puede decirme adónde ha ido?

—Sí, señor. Salió hace cosa de media hora para Pittsburg. Nos dijo que se marchaba por dos días.

Una vez colgó el auricular, Bob soltó una maldición. Había sobrevenido la desbandada de las dos personas más importantes del caso. Vicky Martin y John Harris. ¿Estarían relacionadas ambas escapatorias, o bien se debía a una simple coincidencia?

De pronto se acordó del tercer personaje, de la joven que había seguido al edificio de la Calle 67, Edith Foster.

Buscó en la guía telefónica un número y marcó.

Oyó la señal de llamada al otro lado de la línea.

—Sí... ¿Quién llama?

—Oiga, amigo. Soy el mirlo blanco que le regaló cinco dólares esta tarde. ¿Ha salido la señorita Foster de su apartamento?

—Esta información no entra en los cinco dólares, compañero.

—¿Va a hacerme ir a verle la cara por un maldito dólar? Tengo mucho trabajo. Abra la espita de una vez y le haré entrega del premio en cuanto me acerque por esos andurriales.

El hombre debió de dudarle unos segundos, pero al fin se decidió a hablar.

—De acuerdo, amigo. La señorita Foster salió treinta minutos después de que marchase usted. Probablemente, sólo estuvo arriba el tiempo de cambiarse de vestido.

—¿Se dio cuenta de si llevaba maleta?

—No, no la llevaba. Pero debió de llamar a un taxi por teléfono. Me hice el despistado y salí a la puerta de la calle. Dentro del coche la esperaba un hambre.

—¿Se fijó en él?

—Sólo fue un momento, porque en seguida el coche arrancó. No tuve la oportunidad de ver las facciones del individuo en cuestión, pero por el color de su cabello, calculo que tendría unos cincuenta años.

—¿No hay nada más?

—Eso es todo. Y no olvide que me debe dos dólares.

Mitchell colgó definitivamente el teléfono y se sentó en el sillón giratorio. Sacó el paquete de cigarrillos, se puso uno en la boca y lo estaba encendiendo cuando la puerta del despacho se abrió y entraron dos hombres.

Bob recordó la película que había visto. Dos actores encarnando tipos como aquellos que acababan de entrar en su despacho, la emprendían a tiros con la policía.

—Apuesto a que usted es Robert Mitchell, el detective privado —dijo el gordito.

—Acierte usted otra vez y gana el juego de cafetería —contestó Bob, echándose hacia atrás en el sillón.

—Chistoso, ¿eh?

—Bob Hope quiso que le escribiese unos cuantos *sketchs*, pero yo preferí esta profesión, porque me gusta más la mala vida.

—Pues la va a llevar si sigue metiendo las narices en el asunto que ha iniciado hoy.

—Hoy he iniciado muchas cosas. Soy un detective muy solicitado. ¿A cuál se refiere?

—Déjese de monsergas y entérese de lo que le conviene. —El gordito pasó el dedo por encima de la mesa y lo mostró lleno de polvo—. Ni siquiera tiene dinero para pagar a la mujer de la limpieza...

—Es usted muy observador, señor... ¿Cómo he de llamarlo?

—No hemos venido aquí para decirle quiénes somos. Solamente tratamos de advertirle que olvide cuanto le ha ocurrido hoy. De lo contrario, puede que tenga que guardar unas semanas cama para que los huesos le vuelvan a su sitio.

Bob se quedó mirando fijamente al que lo amenazaba e inspiró profundamente, espetándole después:

—Escuche, Rompehuesos. No entiendo una sola palabra de lo que me está diciendo.

El aludido hizo una mueca y murmuró por la comisura de los labios, dirigiéndose a su compañero, que le guardaba la espalda:

—¿Lo oíste, muchacho? Este prójimo se quiere hacer el malo.

El largo habló por primera vez.

—Enséñale cómo trabajamos nosotros y sabrá lo que le conviene.

El gordo sacó una mano del bolsillo, pero antes de que pudiera utilizarla, Bob se levantó rápidamente y le disparó un puñetazo a la cara. Se oyó un chasquido y el hombre que había recibido el golpe se derrumbó pesadamente en el suelo.

Inmediatamente, el detective abrió un cajón de la mesa donde guardaba una pistola, pero antes de que pudiera extraerla, el cuervo que se hallaba en la puerta corrió hacia él y le pegó con el canto de la mano en el cuello.

Bob lanzó un aullido de dolor y cayó de lado. Se estaba levantando cuando su enemigo lo cogió por el cuello de la camisa y le conectó un terrible derechazo en el pómulo. Salió disparado hacia atrás con la velocidad de un proyectil y estrelló la espalda

contra la pared, pero logró mantener el equilibrio y quedó ligeramente arqueado, respirando fatigosamente. El alto no quiso darle cuartel. Lo vio avanzar sobre sí con una expresión inhumana en los labios. Cuando lo tuvo encima, Bob levantó la pierna, pegándole un patadón en el estómago. El matón se arrugó lanzando un grito y entonces Mitchell le estrelló la rodilla en plena cara, arrojándolo hacia atrás.

—¿Qué te parece esto? —preguntó alegremente el detective.

Pero no había terminado de pronunciar la última palabra, cuando el gordito cayó sobre él como un alud, golpeándole con un trozo de plomo junto a la oreja.

Bob creyó que perdía el sentido. Trató de defenderse del brutal ataque del *gángster*, pero éste arreció en sus golpes con verdadera furia.

De pronto, la puerta del despacho se abrió y una voz de trueno inquirió:

—¿Qué pasa aquí?

Mitchell no vio nada. Todo le daba vueltas. Pero pudo oír un ruido de pasos atropellados, alguna maldición y por fin todo quedó en silencio.

Una mano lo cogió por la espalda y la voz dijo:

—¡Por todos los infiernos! Cómo le han puesto esos canallas... Ande, siéntese y trataré de curarle.

Bob se dejó caer y oyó gemir el sillón giratorio bajo su peso. Poco después sintió la caricia del agua en la cabeza. Abrió y cerró los ojos varias veces hasta que, por fin, un rostro fue tomando forma ante sus retinas. Era la cara de Rex, el empleado de la agencia Lo Cobramos Todo.

—¿Qué tal se encuentra, señor Mitchell? —le preguntó, esbozando una sonrisa.

—Bien, gracias a usted —contestó el detective—. Nunca me alegraré tanto de haber dejado de pagar el mobiliario que me vendió Isafás.

—El caso es que se me hizo tarde para venir.

—Afortunadamente para mí. ¿Cómo consiguió hacer huir a esos tipos?

—Estaba en mi elemento. Voy todas las mañanas de siete a ocho al gimnasio. Cogí por el cuello al que le estaba pegando a usted con

el plomo y le hice volar por la puerta abierta. Aterrizó en el pasillo. Cuando su compañero vio aquello, echó a correr como un poseído, y el gordito se levantó y le dio a las piernas como si fuese a batir el récord de la milla.

—Es usted grande, Rex.

Bob sacó del bolsillo el fajo de billetes que estaba liquidando meteóricamente, y puso encima de la mesa treinta dólares.

—Ni hablar, compañero. No tiene que pagarme nada por el favor que le he hecho. Me he divertido un rato.

—Cójalo todo o no le saludaré cuando lo vea por la calle.

Rex se encogió de hombros y guardó los treinta dólares.

—¿No cree que pueden volver esos fulanos?

—No es fácil. Sólo querían amedrentarme pegándome una paliza. Ahora ya puede marcharse a continuar su trabajo.

Rex se dirigió hacia la salida del despacho, pero en el camino se detuvo y volvióse diciendo:

—Es una lástima, Mitchell, que se encuentre usted casi a dos velas.

—Ya vendrán tiempos mejores. ¿Por qué lo dice?

—Estaba pensando en cambiar de profesión. Usted está solo y necesita ayuda cada vez que se tropiece con esa clase de fulanos que acaban de marchar. El tipo que manda en «Lo cobramos todo» me paga seis dólares diarios por hacer lo que hago, pero a usted se lo dejaría por cinco si me contratase.

Bob sonrió amargamente, contestando:

—Agradezco su detalle, Rex, pero será mejor que continúe con su actual ocupación. Ya le avisaré si se me enderezan las cosas.

—¿Por qué no han de empezar a salirle bien desde ahora? Lo que ha ocurrido aquí indica que usted tiene razón. Debe ser un buen asunto. Puede ganar un montón de billetes y ser famoso de la noche a la mañana. —Rex hizo una pausa de unos segundos y de pronto dijo—: ¿Sabe una cosa? Voy a otorgarle mi confianza. No me interrumpa. Tengo ahora ahorrados unos trescientos dólares. Por lo tanto, si usted fracasara en lo de ahora y no le viniese nada nuevo, yo podría resistir durante dos meses con ese dinero. ¿Qué contesta?

—¿Está seguro, Rex?

—Completamente seguro. ¿Me acepta como ayudante?

—Puede usted considerarse como tal. ¿Cuál es su nombre

completo?

—Rex Simmons.

El exboxeador se aproximó al sillón donde se sentaba Bob y cambió un fuerte apretón de manos con el que desde aquel momento era su jefe.

CAPÍTULO V

Bob Mitchell terminó de hacer un relato del caso de Vicky Martin, y Simmons, tras quedarse boquiabierto durante unos minutos, emitió un silbido de admiración, exclamando:

—¡Que me maten, señor Mitchell! Apuesto a que en estos momentos, ningún otro detective de la ciudad trabaja en un asunto tan interesante como el suyo.

—Pero es un condenado embrollo —repuso Bob, dubitativamente—. No hay por dónde cogerlo. No tiene pies ni cabeza. Aparentemente, sólo existe una cosa clara, y es que en el año 1929 una o varias personas se preocuparon por encontrar el supuesto tesoro de Walter Hogan.

—¡Demonios! Aquel viejo fue un tipo grande. Lo escondería bien.

—Sí, eso es lo que yo creo. Pero observa un detalle, Rex. Los sucesos se precipitaron entre agosto y diciembre de 1929. Asesinaron a Walter y, unos meses más tarde, pegaron fuego a la cabaña donde se encontraba su hija Jean. A partir de aquel momento no ocurrió nada y han tenido que transcurrir veintiséis años para que, de pronto, todo lo relacionado con los Hogan vuelva a salir a flote. ¿Qué es lo que ha pasado para ello?

—¿Y si el asesino se asustó y dejó de manifestarse pensando que si continuaba en su tarea acabaría por caer en el garlito?

—No lo sé. Quienquiera que fuese demostró poseer una sangre fría excepcional para matar a Walter a golpes de piedra y pegar fuego a la cabaña con Jean dentro.

—Para mí el caso está claro, señor Mitchell. John Harris debe ser el asesino.

—Es el sospechoso número uno del caso. Pero ¿por qué hipnotizó a Vicky Martin? ¿Qué se esconde detrás de la declaración de Vicky de que llevó una vida anterior bajo la identidad de Jean

Hogan? —Bob hizo una pausa y luego meneó la cabeza en sentido negativo, añadiendo—: No, Rex. Es un rompecabezas dislocado. Nos faltan muchas piezas para construir algo que resista un examen objetivo.

—¿Tiene algún plan a seguir, señor Mitchell?

—Sí, existe algo que ha de ser investigado cuanto antes y tú me vas a hacer ese trabajo. Esta noche podrás decir que has debutado como detective.

Simmons hinchó los pulmones alborozado y preguntó sonriente como un niño con zapatos nuevos:

—Dígame qué he de hacer, jefe.

—Reginald Barrie, ése es nuestro hombre.

—¿El marido de Jean Hogan?

—Exacto. Mi amigo Peter, el periodista, me dijo que Barrie traspasó su puesto de gasolina que tenía en la carretera de Oswego a Siracusa y se vino a vivir a Nueva York. Es necesario que demos con él. Ve a despedirte de tu patrón y luego acude al Departamento del Censo de la ciudad. Está instalado en el edificio comunal. Nadie se opondrá a que busquen el paradero de Reginald Barrie. Probablemente encontrarás muchos nombres similares. Por lo tanto, has de recordar que el Reginald Barrie que nos interesa llegó a nuestra ciudad en febrero de 1930.

—Voy como una bala, jefe. ¿He de venir aquí a traerle el resultado de la investigación?

—Sí. En el caso de que no esté, espérame. Yo me voy ahora a mi apartamento a tomar un baño caliente y unas tabletas para el dolor de cabeza.

Iba a pasar de largo por el vestíbulo, cuando la voz de Cass Robson le llamó:

—Han dejado una carta para usted, señor Mitchell.

Bob recogió de las manos del gerente un sobre azul cerrado. Dio media vuelta y se apartó de Robson unas yardas, rasgando el sobre y extrayendo su contenido, una cuartilla en la que habían escrito a máquina:

«Por lo que más quiera, señor Mitchell, no prosiga su trabajo. De lo contrario, pone en peligro su vida y la de otra persona».

No había firma.

Bob se volvió hacia el director del hotel, preguntando:

—¿Cuándo han traído esta carta?

—Hace unos quince minutos.

—¿Recuerda al mensajero?

—Era un muchacho de quince o dieciséis años. Nunca lo había visto antes de ahora. ¿Son malas noticias, señor Mitchell?

—Todo lo contrario. Muy buenas.

Cass esbozó una sonrisa y el detective giró sobre sus talones y salió del hotel.

Era evidente que el muchacho que había traído la carta había sido comisionado por el que la escribió y Rob podía apostar su vida a que jamás encontraría al mensajero.

Un poco más allá del hotel tomó un taxi y dio al conductor una dirección de Greenwich Village.

Veinte minutos más tarde, completamente de noche, se apeaba al comienzo de una callejuela débilmente iluminada y después de despedir al coche, se internó a pie por ella, sumergiéndose en la oscura entrada de una casa de tres pisos. No había portero y subió la escalera, deteniéndose ante una puerta sobre la que había una sucia placa en la que se podía leer: «Mirada de Acero. Horas de visita: de cuatro a nueve».

Apretó un timbre y a los pocos instantes de estar esperando oyó ruidos de pasos y la puerta se entreabrió.

Unos ojos de mirada brillante lo observaron desde dentro.

—¿Qué desea? —inquirió una voz.

—Anúncieme a su patrón. Dígame que acaba de llamar Ali Khan a su puerta. Déjeme pasar. Aquí fuera hace mucho frío.

Bob, acompañando sus palabras con la acción, empujó la puerta y se coló en el interior. A la pálida luz de una bombilla de pequeño voltaje, observó al hombrecillo que tenía delante, el cual se mantuvo en actitud dubitativa, pero finalmente púsose en movimiento y desapareció entre un cortinaje de terciopelo. Al poco rato volvió diciendo:

—Puede pasar, Mirada de Acero se ha dignado recibirle.

Mitchell cruzó el vestíbulo y pasó a una habitación amplia, iluminada con luces indirectas situadas en los rincones del techo. Los objetos de la habitación quedaban difuminados en la penumbra,

pero pudo distinguir los ojos fantasmagóricos de un búho disecado que había sobre una repisa. Al fondo de la estancia, sentado ante una mesa redonda, había un hombre de cara chupada que lo miraba fijamente. Cuando habló, su voz sonó lúgubre en aquel raro ambiente.

—Había previsto que usted vendría hoy, porque me necesita.

—¿De veras? —dijo el detective—. ¿Y para qué lo necesito?

Su interlocutor vaciló unos instantes, sorprendido por la respuesta, pero inmediatamente reaccionó:

—Se lo podré decir en cuanto quede sometido a mi voluntad.

Entonces Mitchell soltó una risita y estalló:

—¡Por todos los diablos, Bill! ¡Déjate de monsergas!

El otro dio un respingo y empezó a levantarse lentamente, exclamando:

—¡No puedo creerlo...! ¡Si es Bob Mitchell!

—Claro que sí, grandísimo farsante.

Bill acudió a su encuentro y se dieron un abrazo efusivo.

—¿Qué te trae por aquí, Bob? Hace más de tres años que no te veía.

—Exactamente desde que a mí me mandaron a ultramar y a ti a San Diego. Cuando llegué el año pasado a Nueva York, me encontré a nuestro amigo Rainier y me dijo que te habías establecido aquí. Me dejó perplejo. Sabía que tenías afición por estas cosas, pero nunca pude pensar que tratases de ganarte la vida con ellas. «Mirada de Acero». No podían llamarte de otra forma. Es el apodo que te pusieron las chicas de Portland.

—Pensé que no era malo para el negocio. Anda, ven, vamos a sentarnos y a tomar unos vasos de *whisky*.

Ambos amigos se sentaron y Bill preguntó:

—¿De qué se trata?

—Ahora lo verás. Cierta tipo hipnotizó a una joven, haciéndola recordar detalles de su vida. Después de haberla hecho recordar los años de su infancia, la hizo retroceder aún más y la joven se puso a decir que ella era una tal Jean Hogan que murió en el año 1929.

—Este prójimo es un pillastre de siete suelas. Se trata de una reencarnación, Bob. Naturalmente, absurda...

—Tengo una idea al respecto, pero quería conocer tu opinión autorizada.

—Te puedo dar dos hipótesis. El tipo ha podido hipnotizar a la muchacha y haberle hecho repetir cosas que él quería.

—Eso es lo malo, que no encaja.

—O bien la chica es una consumada actriz y ha hablado de esa supuesta identidad no estando en trance hipnótico.

—También he pensado en ello, pero no logro dar con el motivo que la pudo impulsar a hacer tal cosa. ¿No hay más soluciones?

Bill meneó la cabeza en sentido negativo.

—Puede haber otra, pero es una variante de la primera. El hipnotizador comunicó a la joven unas noticias en estado hipnótico y ella las soltó de carrerilla a otra persona, hallándose aún en trance.

—Pero ¿no se le hubiese notado la hipnosis?

—Te puedo enseñar un libro que contiene docenas de casos en el que el sujeto hipnotizado habla de una forma completamente lógica, mientras su voluntad permanece sujeta a la de la otra persona.

Hubo una pausa entres los dos hombres que rompió Bob, levantándose.

—Te agradezco tu información, Bill. Puede que ahora me sirva de poco, pero en cualquier momento quizá se convierta en la clave del caso.

Mirada de Acero se incorporó también sonriendo:

—Celebro que así sea. Ya sabes que me tienes a tu disposición.

Mitchell echó a andar hacia la salida, acompañado de su amigo y, de pronto, se detuvo sacando unos billetes del bolsillo.

—Mira, Bill —declaró—. El caso es que te iba a invitar a cenar una noche de éstas, pero como estaré muy atareado, será mejor que te pague el importe del cubierto para que lo festejes a mi salud.

—Déjate de cuentos y guarda eso.

—Son cinco cochinos dólares. Y ahora que recuerdo, te debo algún dinero que me prestaste antes de que el Tío Sam nos separase.

—En mi vida he prestado ningún centavo a nadie.

Bob cogió la mano de su amigo, le puso en la palma los billetes y se la cerró, insistiendo en tono un tanto brusco:

—Te digo que me los prestaste una noche que estábamos de francachela. Habías bebido tanto *whisky* que ni siquiera te acuerdas. Hasta la vista, compañero. No hace falta que vengas

conmigo. Conozco la salida.

Un reloj estaba dando las nueve de la noche cuando Mitchell regresó a su despacho.

Rex Simmons se incorporó de detrás de la mesa al ver entrar a su nuevo patrón.

—Ya lo tengo, jefe.

—¿A Reginald Barrie? —inquirió Bob, sacando del bolsillo del abrigo una botella de *whisky* que había comprado en el camino.

Simmons estaba entusiasmado pensando que había hecho un trabajo meritorio, y las palabras salían por su boca a borbotones.

—Reginald Barrie figura inscrito en el censo de 1930. Vivía en el número 274 de la Calle 89 Oeste.

Bob dio una palmada a su empleado, aprobando:

—Eso es trabajar, Rex. Ahora mismo me voy a hablar con él.

El exboxeador frunció el entrecejo, advirtiendo:

—No podrá, jefe.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Reginald Barrie dejó de vivir en aquella casa en el año 1939. Se marchó de Nueva York y en el censo no encontré el lugar adonde se dirigió.

Mitchell se quedó inmóvil, mirando a su ayudante, y al cabo de un rato dio un suspiro de resignación.

—Está bien, qué se le va a hacer. Nos encontramos lo mismo que antes.

—Lo siento, patrón —se excusó Simmons—. Pensé que serviría de algo la noticia.

—Bah, no te preocupes. Abre el segundo cajón. Encontrarás un sacacorchos. Entretanto en descorchar la botella, mientras yo le doy vueltas a la cabeza.

—Beba un trago, patrón. Cierta tía que conocí una vez me dijo que esto es el mejor lubricante para el cerebro.

Bebieron en silencio y encendieron cigarrillos. De pronto, Bob exclamó:

—¿Cómo he podido pasarlo por alto?

—¿Ha dado con la solución, jefe?

—No, todavía no. Pero hay algo que se me había olvidado. Un periódico de Nueva York contrató por su cuenta a unos detectives privados para que investigasen la muerte de Walter y Jean Hogan.

Al parecer no adelantaron nada en sus pesquisas y el cliente, cansado de pagar, canceló el encargo.

Mitchell se adelantó hacia la mesa, cogió el teléfono y marcó el número de la redacción del *Star*.

Cuando descolgaron al otro lado, preguntó por Peter Bowman diciendo que lo llamaba su amigo Mitchell. Poco después atendieron su llamada.

—¿Qué es, Bob? —inquirió Peter.

—Escucha, muchacho. Necesito me indiques, inmediatamente, el nombre de la agencia de investigaciones a la que aquel diario encargó en 1929 que se ocupase del caso Hogan.

—Pero ¿no me has dicho este mediodía que habías acabado con el asunto?

—Me lo han confiado de nuevo. Anda, date prisa. Los minutos pueden ser preciosos.

Peter pidió que esperase y, al cabo de un rato, volvió a ponerse al aparato, manifestando:

—Era la Agencia Bush y Haupman, y el detective que se ocupó de todo se llamaba Al Benson. Oye, muchacho...

—Está bien, tienes mi palabra de que te concederé la exclusiva... Si es que logro aclarar algo.

Mitchell cortó inmediatamente, ordenando a Rex:

—Busca el número de teléfono de la Agencia de Investigaciones Bush y Haupman.

Rex se dedicó con todo entusiasmo a pasar hojas de la guía telefónica, y antes de treinta segundos había conseguido hallar el número.

Bob lo marcó. Tras oír un solo zumbido de llamada, descolgaron al otro extremo y una voz femenina dijo:

—Investigaciones Bush y Haupman. ¿Quién llama?

Mitchell aclaró la garganta, contestando:

—Oiga, señorita. Llama el director gerente de la firma «El Gallo», fabricante de pasta para sopa. Es para comunicarle que el señor Al Benson, que dio esa dirección, ha sido el afortunado del mes en el sorteo de quinientos kilos cíe fideos y una estancia de tres días, todo pagado, en Niágara Falls.

—¿Es... po... si... ble...? —preguntó, admirada, la empleada de Bush y Haupman.

—Como Lo oye, señorita. Y ahora queremos ponernos al habla con el señor Benson, a fin de preparar el acto en el que se le hará entrega de los premios.

—Oh, sí, claro. Pero el caso es que el señor Benson ya no trabaja para nosotros.

Bob estaba a punto de soltar una imprecación cuando su informante añadió:

—Pero puedo darle su dirección particular. Espere, no se separe del teléfono.

Mitchell contó hasta doce y recibió inmediatamente la dirección.

—Calle 72, Este, Edificio Aberdeen... ¡Oh, qué alegría se va a llevar!

Mitchell le dio las gracias y cortó la comunicación, enfrentándose con Simmons.

—¿Conoces el restaurante Locatelli?

—Sí, he comido en él un par de veces.

—Pues espérame allí. Yo acudiré después que haya hablado con el señor Benson. Creo que empezamos a pisar firme. Benson ha estado trabajando con la Agencia Bush y Haupman desde 1929, hasta hace sólo dos semanas.

Eran las diez de la noche cuando Bob penetró en el Edificio Aberdeen, dirigiéndose resueltamente adonde se hallaba el conserje, un hombre de unos cincuenta años de edad, de baja estatura.

—¿Señor Al Benson?

—Tercer piso, apartamento cuarenta y seis.

El detective se metió en el ascensor, subiendo al tercer piso. Una vez arriba, salió a un largo corredor que recorrió hasta detenerse ante la puerta marcada con el número 46.

Pulsó el timbre y transcurrió un minuto sin que se abriese. Llamó otra vez y esperó un rato con el mismo resultado. Entonces puso la mano en el pomo de la puerta, lo hizo girar y se oyó un chasquido. No estaba cerrada con llave. Empujó la hoja y se coló dentro, dando la vuelta al conmutador de la luz. En el *living-room* no había nadie, pero todo estaba en perfecto orden. Al fondo, a la derecha, había una puerta. Se dirigió a ella y la abrió, dando la luz.

Vio una cama, una mesita de noche, un perchero... y junto a éste un hombre. Estaba tendido en el suelo, boca abajo, y tenía hundido en la espalda hasta el mango, un picador de hielo. La

sangre de la herida había formado un pequeño charco al costado derecho del cadáver.

CAPÍTULO VI

Bob cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió despaciosamente al cuerpo exánime. Se agachó, envolviéndose la diestra con un pañuelo, y la metió por debajo de la víctima hasta encontrar su cartera, la extrajo cuidadosamente.

Dentro de la cartera había una tarjeta de identidad a nombre del detective privado Al Benson, con su correspondiente fotografía carnet.

Mitchell no tuvo duda entonces. Efectivamente, el muerto era el inquilino del apartamento. Encontró también ciento cincuenta dólares en billetes y varios papeles que fue observando uno a uno. Una factura del sastre, otra de la tintorería, una tarjeta calendario y otra qué interesó más a Bob porque en ella leyó:

«Hotel Unión. Esmerado servicio. Cincuenta habitaciones con baño. Magníficas vistas del Lago Ontario. Precios moderados. Oswego».

No había más. Volvió a dejar todo como estaba en la cartera y colocó ésta, con la misma precaución que antes, en el bolsillo de donde la había sacado.

Hizo una detenida inspección del apartamento, pero no encontró nada que pudiera servirle de ayuda. Así pues, decidió marcharse, no sin antes borrar con el pañuelo las huellas dactilares que había dejado en los pomos y en el timbre. Luego bajó por la escalera y ganó la calle, dándose cuenta de que el conserje le seguía con la mirada mientras cruzaba el vestíbulo.

La había hecho buena. Aquel hombre estaba en condiciones de dar una perfecta descripción suya. No tardaría en tener tras sí a los sabuesos de la Brigada de Homicidios. Por ello decidió coger el toro por los cuernos y se metió en el primer bar que vio en su camino y

luego en la cabina telefónica.

—Quiero hablar con la Brigada de Homicidios, agente —dijo, dando un suspiro.

Unos instantes después preguntaron al otro extremo:

—Sí, ¿quién llama?

—Oiga, ¿quiere tomar nota de un aviso? Hay un cadáver en el Edificio Aberdeen, tercer piso, apartamento cuarenta y seis.

Inmediatamente colgó sin esperar respuesta y salió de nuevo a la calle.

Cuando entró en el restaurante Locatelli, Simmons le hizo señas con la mano desde la mesa que ocupaba en un rincón.

—¿Cómo ha ido eso, jefe?

Mitchell se sentó, manifestando:

—Tengo que salir corriendo de la ciudad, Rex.

—¿Se ha encontrado otra vez con esos dos matones?

Déjelos de mi cuenta. Tengo ganas de ensayar un par de llaves que he aprendido últimamente.

—Se trata de algo peor. Al Benson, el hombre a quien he ido a ver, ha sido asesinado.

Simmons dio un respingo en su asiento.

—¡Caramba, patrón! Con eso no contábamos.

—Nadie sabe que trabajas conmigo. Aún estás a tiempo de ir a pedirle al jefe de Lo Cobramos Todo que te readmita.

—¡Y un cuerno...! ¿Cree que lo voy a abandonar ahora?

—Está bien. Tendrás que quedarte, entonces, sólo en Nueva York.

—¿Es que va a huir? Daría un mal paso.

—No te preocupes. No soy de éstos. Iré al único sitio en que se puede desentrañar este embrollo. Hay un autobús que sale para Oswego dentro de quince minutos. Me alojaré en el Hotel Unión. Llámame con lo que haya. Pero yo, en tu lugar, no me acercaría por nuestro despacho.

—De acuerdo, jefe. Sabré guardarle las espaldas.

Se estrecharon la mano y Bob salió del local. Unos minutos más tarde, subía al autobús de Oswego.

Eran las cinco de la madrugada cuando el autobús llegó a su destino. Estaba nevando y el termómetro de la estación marcaba tres grados bajo cero. Bob preguntó el lugar en que se hallaba

ubicado el Hotel Unión. Por fortuna para él, se hallaba muy cerca de donde en aquel momento se encontraba.

En el registro del hotel se inscribió bajo su verdadero nombre y firmó la hoja bajo la mirada atenta de un hombre de unos treinta años de edad, muy alto, de ojos saltones y nariz pronunciada, quien esbozó una sonrisa amable preguntando:

—¿Cuánto piensa estar con nosotros, señor Mitchell?

—Eso depende —contestó Bob—. Vengo a pescar.

—Un gran deporte, sí, señor. Yo también me dedico a él en mis vacaciones. —El empleado se acodó en el mostrador del registro y, después de mirar a un lado y otro como si pretendiese cerciorarse de que sólo lo oía la persona a quien dirigía sus palabras, añadió—: Conozco un par de sitios estupendos. En esta época del año resultaría inútil si usted buscase por las orillas. Cuando vaya a salir pregunte por mí y le diré adónde ha de dirigir sus pasos. Me llamo William Corcoran. Si no estoy de servicio, me encontrará en el último piso. Habitación 48.

—De acuerdo, Corcoran. Lo tendré presente. —Bob fue a girar para dirigirse al ascensor y, de pronto, volvió la mirada al encargado de recepción—. A propósito. ¿Puede decirme si ha llegado mi amigo? Se llama John Harris.

—¿John Harris? —repitió Corcoran. Se mantuvo en actitud dubitativa, y después de hojear el libro registro, declaró—: No, desde luego, hoy no se ha inscrito nadie con ese nombre.

—Está bien. Oh, se me olvidaba también comunicarle que mi equipaje llegará mañana. No había nadie para recogerlo en la estación del autobús y lo dejé en consigna.

—Entendido, señor Mitchell. Que duerma bien...

Los deseos de Corcoran se vieron cumplidos, ya que Bob durmió a pierna suelta hasta las once de la mañana.

Decidió bajar a desayunar y, después de dar cuenta de un par de huevos fritos con tocino y un vaso de jugo de tomate, encendió un cigarrillo, comprobando que entre la docena de clientes que se encontraban en el restaurante y junto al bar, no había ninguna persona conocida.

Al poco rato abandonó el hotel, dispuesto a dar una vuelta por la población. Sus pasos lo encaminaron hacia el lago, a cuya orilla encontró un pequeño embarcadero donde descubrió a un hombre de

unos sesenta años de edad, que estaba calafateando una embarcación.

El aire, por aquella parte, olía a brea.

—Buenos días —saludó.

El viejo interrumpió su faena para mirar al joven, correspondiendo con voz servicial:

—Buenos días. Si quiere darse una vuelta por el lago, tengo una buena embarcación disponible.

—Quizá lo haga más tarde —repuso Bob, ofreciéndole un cigarrillo.

Su interlocutor aceptó la invitación y ambos encendieron.

Bob miró hacia la derecha. Sobre la puerta de una cabaña había un cartel que decía:

TOM JONES

Alquiler de barcas. Abonos muy rebajados.

—¿Qué tal va el negocio, señor Jones?

—No es la temporada. En el verano hemos de guardar el dinero para hacer frente al frío.

—¿Lleva muchos años en Oswego?

El viejo sonrió, mostrando una dentadura mellada.

—Heredé esto de mi familia. Hace medio siglo teníamos un embarcadero mejor situado, pero mi padre vendió el terreno antes de morir. Yo me vine aquí y me defiende bastante bien.

Bob dirigió la mirada a la superficie del lago mientras decía con voz ausente:

—Habrá presenciado usted muchas cosas a lo largo de su vida.

—Oh, sí, muchas. En una profesión como la mía no faltan las emociones. Ya sabe, a veces hay alguien que alquila una barca sin tener la más ligera idea de cómo maniobrar con ella, y luego paga su audacia. Es muy desagradable cuando los sacan ahogados.

—Sí, debe serlo. Pero he visto cosas peores. He prestado mi servicio militar en nuestras bases de Marruecos. Tenía que haber visto a un judío que mataron a pedradas.

—¿A pedradas? ¿Qué había hecho?

—Robó en una tienda.

Hubo un largo silencio mientras Jones daba unas chupadas a su cigarrillo.

—Yo también he visto a un hombre muerto de esa forma.

—¿En Oswego? Parece inaudito.

—Sin embargo, fue así. Ocurrió hace mucho tiempo. Era un tipo raro aquel Walter Hogan.

—¿Dice Hogan? Creo que me suena.

—Puede que se lo hayan contado. Lo que le digo ocurrió seguramente antes de que naciese usted.

—¿Cogieron al que lo hizo?

—No. Fue un caso en que la policía no tuvo nada que hacer. Un amigo mío, Henry Steel, encontró el cadáver de Walter Hogan en el bosque. Lo habían asesinado, pegándole en la cabeza varias veces con una piedra. Se armó un gran revuelo porque todos los de Oswego empezaron a decir que a Walter lo mataron para robarle su tesoro.

Bob enarcó las cejas en un gesto de interés.

—¿Un tesoro? Creía que esas cosas sólo se daban en las novelas.

—Bueno, yo no sé hasta qué punto podía ser cierto. Al parecer, Walter, en su juventud, anduvo por tierras de América Central. Ya sabe, en una de aquellas revoluciones tan frecuentes en esos países. Según la gente, Walter debió de ayudar a cierto general que resultó triunfante y que una vez ocupado el poder mostró su agradecimiento a Hogan regalándole un cofre lleno de monedas de oro. La cabaña donde vivía Walter apareció toda revuelta después de ser descubierto su cadáver y, como es natural, ello fue considerado como una prueba de que el asesino buscaba el tesoro.

—¿Y qué descubrió la policía?

Jones dirigió la mirada hacia una barca en la que remaban dos jóvenes, un hombre y una mujer.

—¿Ve aquéllos? Unos recién casados. Por regla general son los que adoptan más precauciones... Oh, sí, lo de la policía. No, no sacó nada en claro. Fueron detenidas muchas personas pero terminaron por soltarlas a todas.

—Esa historia del tesoro debió de ser iniciada por alguien. ¿Acaso la contó Walter a alguno de sus amigos íntimos?

Jones soltó una risita mirando fijamente a su interlocutor y luego dijo:

—¿Un amigo íntimo de Walter dice? El no tuvo nunca ningún amigo. Según me contaron, el relato del tesoro empezó a rodar por

la comarca el día en que un forastero se dejó caer por la ciudad, emborrachándose en un bar. Ocurrió un par de años antes de que a Walter lo liquidasen.

—¿Cómo se llamaba aquel forastero?

—Oh, no lo sé. Ni tampoco lo vi. Recuerde que se lo he advertido. Es lo que cuenta la gente. El forastero se encaró en el bar con los parroquianos y empezó a gritar que él había luchado con Walter Hogan en América Central y que Walter había recibido su recompensa, el cofre lleno de monedas de oro, mientras él había sido expulsado del país sin recibir un solo dólar.

—¿Sabe en qué bar ocurrió eso?

Jones se quedó en suspenso, escrutando a Bob con sus ojillos entrecerrados.

—Parece que le interesa mi historia, ¿eh?, señor...

—Mitchell, Robert Mitchell. No le extrañe. Soy escritor de novelas policíacas. Ha empezado a gustarme todo eso. Es un buen argumento.

Jones se mantuvo todavía un rato callado pero finalmente dijo:

—De todas formas, no puede hacer nada para saber de aquel forastero. Hoy el bar no existe. Estaba en un buen punto de la ciudad y un Banco le compró el terreno para construir una sucursal.

—¿Y el dueño del bar?

—¿Charles Winter? Está en México.

—¡Demonios! —exclamó Bob—. ¿Para qué ha ido tan lejos? ¿Cuándo se marchó?

—Un par de meses después que murió Walter Hogan. Pero creo que está usted un poco desorientado, señor Mitchell. El México a que yo me refiero se halla solo a unas treinta millas al Oeste de Oswego. Pero existe una dificultad tan grande para interrogar a Winter como si se hubiese marchado al Polo Sur.

—¿Ha muerto?

—No, peor que eso. Está loco. Ocurrió cuando el hundimiento de Wall Street. Charles invirtió el dinero que el Banco le dio por su local en unas acciones, y cuando sobrevino el *crack* financiero se convirtieron en papel mojado. No pudo resistir el golpe y perdió la razón. Fue el mismo caso de centenares de persianas que se vieron afectadas por la baja de la Bolsa de Nueva York.

—Comprendo. ¿Y los otros parroquianos del bar que escucharon

al forastero?

—Fueron tres o cuatro, pero de eso ya no le puedo hablar. Si de verdad le interesa puede dirigirse a la policía de Oswego y allí le informarán sobre los datos que necesita para utilizar ese argumento. También le explicarán cómo meses después de haber sido muerto Walter, ardía su cabaña, resultando carbonizada su única hija Jean.

—Eso es mucho más interesante todavía.

—Es lo que opinaron los periodistas de Nueva York. Oswego tuvo que soportar una inundación de reporteros durante varias semanas. Y hasta hubo una agencia de detectives que envió a uno de sus sabuesos a husmear en el asado. Por cierto, aquel detective se enamoró de nuestro lugar y desde entonces ha estado viniendo a Oswego. Es muy aficionado a la pesca y se compró una cabaña a unas seis millas al este de aquí...

—Me gustaría charlar también con ese detective.

—Quizá pueda resultarle eso fácil si permanece en Oswego algún tiempo. Al Benson viene muchas veces de Nueva York a pasar el fin de semana. Aún no hace quince días que Jeffrey Smith, que tiene un coche de alquiler en la estación de autobuses, me dijo había llevado a Benson a su cabaña.

En aquel momento, la barca de los recién casados se acercó al embarcadero. Jones dio la última chupada al cigarrillo, que había apurado hasta el último extremo, y lo dejó caer en la nieve, aplastándolo con el tacón de la bota.

—Bien, señor Mitchell. Espero que le agraden nuestros paisajes. Venga por aquí cuando guste.

—Gracias por su información, Jones.

Bob dio media vuelta, dirigiéndose a la estación de autobuses donde no le fue difícil encontrar a Jeffrey Smith sentado al volante de su coche en espera de algún cliente. Mitchell se introdujo en el automóvil y Jeffrey volvió la cabeza.

Frisaría en los treinta y cinco años de edad y era de cabello ralo, frente muy estrecha, nariz achatada y hocico saliente.

—¿Adónde vamos, señor?

—Lléveme a la cabaña de Al Benson.

—¿A esa cabaña? Perdone, pero aunque vaya en perjuicio de mi negocio perderá él tiempo si pretende ver al señor Benson. El no ha venido de Nueva York todavía, aunque puede que lo haga mañana,

que es sábado. Me dijo hace un par de semanas que quizá volviese por estas fechas.

Mitchell se quedó en actitud pensativa unos instantes y luego dijo:

—Está bien. Lléveme a cualquier parte.

—¿Tiene usted preferencia por alguna?

—No conozco la comarca. Se lo dejo a su elección.

—De acuerdo. Iremos a El Hechizo. Es un grupo de cabañas de alquiler que se hallan en la ladera de la montaña, a la orilla del lago. Allí puede encontrar algo con qué divertirse.

El coche arrancó a una velocidad prudente por la calle cubierta de nieve. Luego tomó una carretera en la que trabajaban hombres con palas, quitando la nieve y colocándola en las cunetas.

Bob se retrepó en el asiento y a los cinco minutos de haber abandonado la ciudad, preguntó:

—Usted debe conocer mucho a Benson...

—No lo crea —contestó Jeffrey—. Es un hombre de pocas palabras. Quizá lo ha hecho así su profesión. Es detective privado, ¿sabe?

—Me invitó a su cabaña —mintió Mitchell—. Y supongo que antes habrá invitado a otras personas.

—No, creo que no. Al menos, yo no he llevado en mi coche a nadie a su cabaña, excepto a él.

Bob pensó que estaba perdiendo el tiempo con aquel conductor. No le iba a ayudar a esclarecer nada. De todas formas decidió no regresar a Oswego hasta haber visto El Hechizo para no despertar sospechas de Jeffrey. Al cabo de veinte minutos de carrera, el coche se detuvo y Smith volvió de nuevo la cabeza, diciendo:

—Ya hemos llegado, señor. Si baja usted podrá contemplar un espectáculo único.

Bob tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo, pero como no estaba acostumbrado a aquella temperatura empezó a sentirse helado.

Miró al conductor, que se encontraba a su lado, y dijo:

—Usted habló de que encontraría diversiones aquí. Me conformaría con un buen trago de *whisky*.

—En la primera cabaña de la derecha podrá beber el que quiera. Pero yo no me refería solamente a eso. Cuando usted me encontró

en la estación, acababa de regresar de aquí mismo. En el viaje anterior vino conmigo una joven de esas que sólo se ven en las películas.

—¿Sola?

—Sí, completamente sola.

—Pero aquí la esperaría alguien.

—Eso no lo sé. Es cuestión de más o menos suerte. Se aloja en la cabaña número nueve.

Bob sopesó la sugerencia que le hacía Jeffrey. Dos mujeres habían desaparecido de Nueva York. Vicky Martin y Edith Foster. ¿No podía ser cualquiera de ellas la joven a que su informante se refería?

—¿De qué color eran sus cabellos? —preguntó.

Vicky y Edith Los tenían de color castaño. Pero lo que contestó Jeffrey fue:

—No pude verlo. Mi viajera llevaba un turbante de lana y no me fijé mucho. —Smith frunció el ceño, inquirendo—: ¿Tiene alguna importancia eso?

—Me gustan esta temporada las pelirrojas. Pero da igual. Lo descubriré por mi cuenta. Espéreme, mientras tanto, en la primera cabaña.

Jeffrey asintió con la cabeza y Bob se dirigió resueltamente hacia la cabaña en que se había alojado la joven. Llegado ante la puerta, golpeó en ella con el aldabón. Una voz femenina dijo desde dentro:

—¡Adelante!

Mitchell entró y, cuando cerró a sus espaldas, se quedó inmóvil contemplando a la mujer que se hallaba sentada en un sillón, junto al hogar donde crepitaban unos leños.

No era Vicky Martin ni Edith Foster.

La joven que tenía frente a él era la rubia que vio en las oficinas de John Harris.

CAPÍTULO VII

—Hola —saludó él, mientras sacaba las manos de los bolsillos y se las frotaba—. Es una suerte encontrar por estos andurriales a una vieja amiga.

La muchacha inspiró profundamente y, ya recobrada un poco de la sorpresa, replicó:

—¿Cómo van sus arenques, señor Mitchell?

—¿Sabe también eso?

—El señor Harris nos habló de su negocio cuando usted se marchó. Me ha seguido, ¿eh? ¿Por qué?

Mitchell creyó conveniente para él mantener a la joven en su error. Por eso contestó:

—Quizá sea porque me haya gustado. En todo caso, usted tiene un cincuenta por ciento de la culpa.

—¿Lo dice por aquella mirada que le dirigí en la oficina? Fue de simple curiosidad. No me irá a decir que echa a correr tras cualquier mujer que pone sus ojos en usted.

—Digamos que lo hago solamente cuando la que me mira tiene algo que vale la pena.

—Es usted muy galante, pero lamentó decirle que se ha equivocado respecto a mí.

—¿Va a tardar mucho Harris?

La rubia saltó como si hubiese sido picada por un escorpión.

—¿Harris? ¿Qué le hace suponer que mi jefe va a venir aquí?

Mitchell volvió la cabeza y levantó la mirada depositándola en el rostro contrariado de la joven.

—Existen bastantes indicios para ello. Después de marcharme ayer de su oficina, telefoneé preguntando por Harris. Me dijeron que se había ido a Pittsburgh. Luego, usted también se va y se mete en esta cabaña sola. Y por favor, no vaya a decirme que ha venido aquí a esquiar porque no puede vivir sin hacer ese deporte.

Las mejillas de la muchacha se colorearon, dando un nuevo encanto a su belleza.

—No, señor Mitchell, no le voy a decir nada de eso, pero resulta odiosa su emponzoñada sospecha respecto a la relación que supone me une con mi jefe.

—Está bien. ¿A quién espera, pues?

—¡No le importa a usted poco ni mucho! ¡Ni tengo que darle a usted explicaciones de mis actos!

—No debe ponerse así. De acuerdo. Admito mi error, señorita. Ahora recuerdo que todavía no sé cómo se llama.

—Elaine Walter —repuso ella, levantando la barbilla en actitud desafiante.

—Encantado, señorita Walter. Y ahora que hemos hecho las paces, ¿qué le parece si me invita a beber un trago de *whisky*?

—No tengo *whisky*, ni nada que lo pueda sustituir. Sólo deseo que se marche pronto.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y una voz dijo:

—Póngase en pie y levante los brazos, Mitchell.

Bob obedeció, al tiempo que giraba, enfrentándose con Dean Johnson, el cual apretaba con la mano derecha una pistola.

—¿Qué mosca le ha picado, Johnson? —preguntó.

Dean hizo una mueca de sarcasmo, inquiriendo a su vez:

—¿Y es usted quien lo pregunta? ¿Me puede decir qué hace aquí?

—Creo que mi presencia está bastante justificada. Usted mismo me encargó diese con el paradero de su prometida. Tuve razones en Nueva York para creer que se había dirigido a Oswego. Por el contrario, su irrupción en esta cabaña pone más difícil las cosas. ¿Quiere decirme a qué ha venido?

—No le voy a contestar a eso, Mitchell. Sólo le diré que voy a entregarlo a la policía local.

—¿Bajo qué acusación?

—No se haga de nuevas. Sabe perfectamente de qué se trata. Usted mató a Al Benson en Nueva York.

—¿Quién lo ha dicho?

—La Brigada de Homicidios. Cazaron a su cómplice, un tal Simmons, el cual no tardó mucho en cantar. Han dado su descripción por radio y a estas horas hay varios miles de policías

que lo buscan por todo el estado de Nueva York.

—¿Es posible que admita esa historia, Dean? Lo creía un poco más inteligente. Fui a ver a Al Benson para que me diese algunas referencias sobre el caso de Walter y Jean Hogan, pero llegué un poco tarde, cuando ya había sido asesinado. Salí de su apartamento y comuniqué mi hallazgo a la policía. Es todo cuanto podía hacer. Supongamos que yo hubiese matado a Benson. ¿Con qué fin lo habría hecho?

Johnson sonrió jactanciosamente.

—Está tan claro como el agua. Usted ha creído lo del tesoro de Walter y se ha interesado en conseguirlo.

—Me deja de una pieza, Dean. De modo que usted sabe todo lo referente al tesoro... Voy adivinando la verdadera razón por la cual usted me contrató. Me ha querido utilizar de conejillo de Indias. Pensó que un trabajo de esta clase resulta un poco expuesto y que en un momento dado, podría encontrarse en su camino con una onza de plomo...

—No le valdrá ese truco, Mitchell. Nadie le creerá una palabra de lo que está diciendo.

—Puede que alguien ratifique mi descubrimiento.

—¿Quién?

—Esta misma chica, Elaine Walker. —Bob desvió la mirada hacia la rubia, la cual movía nerviosamente las manos.

—No la mezcle a ella en esto. Anda, Elaine, coge el teléfono y establece comunicación con la policía de Oswego.

La joven se quedó indecisa y Mitchell aprovechó el instante para advertir:

—Creo que se está precipitando, Johnson. Le advierto que soy duro y que si caigo lo arrastraré conmigo. Quizá haya pensado que ha conseguido de mí lo que quería, pero cometería un error. Todavía puedo hacer lo más importante.

—Coge el teléfono, Elaine —repitió Johnson con voz firme.

—Pero, Dean... —objetó la joven—. No entiendo nada de lo que pasa.

—Yo no tengo inconveniente en explicárselo —dijo Bob.

—¡Cállese! —ordenó, perentoriamente, Dean. Y luego de dirigir una furibunda mirada a Elaine, echó a andar hacia la mesa sobre la que descansaba el teléfono, diciendo—: ¡Está bien! ¡Lo haré yo!

Bob no vaciló un segundo en lanzarse sobre él cuando pasó a su lado viendo que había dejado de apuntarle con la pistola. Los dos cuerpos chocaron y Mitchell, mientras caían, pegó con el antebrazo un golpe en la muñeca de Johnson, el cual lanzó un aullido de dolor y soltó el arma. Ambos rodaron por el suelo, pero Mitchell era mucho más ágil que su antagonista, y cuando quedó sobre él le conectó un terrible puñetazo en la mandíbula, privándole del conocimiento.

Mientras se levantaba oyó un rápido taconeo, y al volverse se encontró con que Elaine había cogido la pistola y le estaba apuntando con ella.

—¿Usted también, querida?

—Él dijo que había matado a un hombre.

—¿Tengo yo cara de asesino?

Ella vaciló.

—No sé. Creo que esas cosas no las dice la cara, pero voy comprendiendo que es usted un tipo la mar de extraño. Apuesto a que es falsa la identidad bajo la que se presentó a John Harris.

—Acierta en eso. Lo cual es una suerte para mí. Jamás me gustaron los arenques. Soy un detective privado al que el señor Johnson confió encontrarse a su prometida.

—Es una historia poco convincente.

—Dígame usted el papel que desempeña en el caso y cada pieza irá ocupando su sitio.

—Prometí a una persona que guardaría silencio.

—¿A Dean Johnson?

—No, a él no.

—Está bien, como quiera. Me voy a marchar, pero le advierto a usted que está jugando con fuego. Puede que eso no se lo hayan advertido. Todos cuantos nos relacionamos en este asunto, estamos sentados en un barril de pólvora que puede estallar de un momento a otro, haciéndonos pedazos. Si se encuentra en un apuro, y apuesto a que eso ocurrirá pronto, no vacile en acudir a mí. Me alojo en el apartamento número treinta y dos del Hotel Unión de Oswego. Si no estoy yo, deje aviso.

Bob se volvió y agachóse sobre el cuerpo exánime de Johnson. Le quitó la cartera y extrajo un fajo de billetes que guardó en el bolsillo, volviendo a colocar aquélla en donde la había cogido.

—¿Qué hace, señor Mitchell? —preguntó Elaine.

—Me encuentro mal de fondos. Al fin y al cabo, él es mi cliente y está obligado a proveerme de ellos mientras investigue el caso para que me contrató.

—¡Si estaba dispuesto a entregarle a la policía!

—Pero no me ordenó que cesase en mi trabajo. —Mitchell se acercó a la puerta y la abrió, pero antes de salir volvióse diciendo —: Yo soy así de fiel.

Encaminóse a la primera cabaña donde encontró a Jeffrey Smith, quien bebía *whisky* sentado a la mesa de un pequeño bar donde había sólo dos hombres más en el mostrador.

—¿Hubo suerte? —le preguntó Jeffrey.

—No fue mala del todo. Vámonos ya.

—¿No bebe un trago? Creí haberle oído decir que tenía frío.

Mitchell sacó cinco dólares del bolsillo y se los alargó a Jeffrey, explicándole:

—Compre una botella. Nos calentaremos por el camino.

Minutos más tarde el coche corría por la carretera en viaje de regreso a Oswego. Bob bebió un trago de la botella que habían adquirido en el campamento de turistas y luego, limpiando el gollete, intentó pasársela a Jeffrey, el cual rechazó la invitación.

—Beberé luego, cuando lleguemos a la ciudad.

—El caso es que quería que me llevase más lejos, Jeffrey —explicó el detective—. He de hacer una visita a un amigo que vive en México. A un tal Charles Winters.

—¿También conoce a Winters? Es un poco raro. Ese tipo está loco.

—Bueno. Quizá me baste con alguien que le represente. ¿Sabe dónde está recluso?

—En el sanatorio de enfermos mentales del doctor Niven. Llegaremos allí en media hora. Hay una buena pista de Oswego a México.

Un par de minutos antes del tiempo señalado por Smith, el coche se detenía ante un edificio, quizá un poco pequeño para ser un sanatorio, pero de líneas muy modernas. Estaba rodeado de un jardín defendido por una verja de hierro.

Mitchell se apeó del vehículo, hizo un saludo con la mano a Smith, y pulsó el timbre que había en la pared, junto a la puerta de

hierro.

El portero salió de una casa que había al otro lado y, tras observar atentamente a quien llamaba, preguntó:

—¿Qué desea?

—He de ver urgentemente al doctor Niven.

El otro meneó la cabeza en sentido afirmativo y le franqueó la entrada, diciendo después:

—En el vestíbulo encontrará al jefe de servicios, el cual le acompañará hasta el doctor Niven.

El jefe de servicios resultó ser un hombre de mediana estatura, calvo y con gafas de carey. Después de oír la pretensión de Mitchell le rogó que lo siguiese. Subieron en un ascensor al primer piso y, una vez allí, el guía introdujo a Bob en una habitación donde se encontraban dos jóvenes haciendo trabajo de oficina. Al fondo había una puerta de vidrio esmerilado sobre la que campeaban las palabras: «Director, doctor Niven». El jefe de servicios entró por aquella puerta y al poco rato reapareció diciendo:

—Ya puede pasar, señor Mitchell.

El doctor Niven frisaba en los cincuenta años de edad, y era alto, de rostro bien parecido y maneras distinguidas.

—¿En qué puedo serle útil, señor Mitchell? —preguntó, mientras estrechaba la mano de su visitante.

—He venido para interesarme por el estado de uno de sus pacientes, doctor. De Charles Winters.

—¿Charles Winters? —repitió el doctor Niven, haciendo un gesto de sorpresa—. No creía que Winters tuviese ningún pariente.

—No lo soy. Sólo pretendía hablar con él.

El médico distendió los labios en una sonrisa.

—¡Me temo que no pueda conseguir su objetivo, señor Mitchell!

—Quizá cuando sepa lo que me trae aquí, cambie de opinión. Represento a la firma que involuntariamente ocasionó la pérdida de la razón de Charles Winters. Como usted recordará, Winters adquirió unas acciones cuya baja en el desastre financiero de 1929, fue lo que trastornó a su paciente. Ahora, la sociedad se ha repuesto de aquello y estoy autorizado para iniciar unas gestiones que solucionen el enojoso asunto. Personalmente, y habiéndome ocupado del caso Winters, considero mi conversación con su paciente como un deber.

Todo el diálogo lo habían mantenido los dos hombres en pie y ahora Niven se acercó a la mesa y pulsó un timbre.

Una puerta se abrió al cabo de unos instantes apareciendo en el hueco una enfermera que preguntó:

—¿Desea algo, doctor?

—¿Quiere acompañar a este caballero a la habitación catorce?

—Luego de dar la orden, el doctor Niven se volvió hacia Mitchell, diciendo—: Le ruego que no alargue demasiado la entrevista. Winters no está considerado coma un loco peligroso. Lleva unos cuantos años observando una buena conducta, pero tiene una rareza.

—¿A qué se refiere, doctor?

—El no reconoce ser Charles Winters. Asegura que es Douglas Carpenter. Por ello soy muy pesimista respecto al éxito de sus gestiones. Sólo quiera demostrarle que por mi parte no existe ningún inconveniente en que las lleve a cabo.

—Gracias, doctor. Le quedo muy reconocido.

Bob salió tras la enfermera con la que subió al segundo piso. Un hombre que había sentado en una silla frente a la puerta del ascensor, se levantó, acreditando una recia musculatura. La enfermera le informó de la pretensión del visitante y el guardián dio su conformidad haciendo sonar un manajo de llaves del que eligió una, acercándose después a la puerta marcada con el número catorce, la cual abrió diciendo al detective:

—No más de diez minutos, señor. Es el reglamento.

Mitchell entró, sintiendo un escalofrío por la espalda.

Winters estaba de espaldas, sentado en una silla, mirando fijamente a una ventana enrejada que había sobre una mesita de noche, a la derecha de la cama. Ni siquiera se había movido al oír abrir y cerrar la puerta.

—Buenas tardes —saludó Bob, tras un fuerte carraspeo.

El aludido contestó sin volverse:

—¿Quiere dejarme en paz de una vez, doctor?

—Creo que se equivoca, señor Winters. No soy ningún médico.

El enfermo volvió lentamente la cabeza.

Bob le calculó sesenta años de edad. Era de cara alargada y ojos hundidos y nariz un poco torcida. Sus ojos grises despedían un fulgor frío.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Bob creyó más oportuno decir la verdad cuanto antes, y por ello disparó a boca de jarro:

—Me llamo Robert Mitchell y soy un detective privado que investiga la muerte de Walter y Jean Hogan.

El rostro de Winters se mantuvo inexpresivo durante unos minutos, pero de pronto una mueca de rabia se dibujó en él y Bob se preparó para defenderse de un posible ataque.

—¿Es que quieren añadir un nuevo tormento a los muchos de que me han hecho víctima? ¿Es que no se han cansado todavía?

—Le juro que es cierto, Winters. Puedo enseñarle mi credencial.

El otro parpadeó durante unos segundos y, finalmente, dijo:

—Enséñemela.

Bob sacó de la cartera su tarjeta de identidad.

Winters la examinó atentamente y luego levantó la mirada, inquiriendo:

—¿Es cierto, señor Mitchell? ¿No está pagado por ellos?

Bob empezó a sospechar que el hombre que tenía delante le iba a hacer una importante declaración.

—Escuche, señor Winters. Usted se hallaba en el bar que regentaba en Oswego cuando, dos años antes de que fuese asesinado Walter Hogan, se presentó aquel forastero diciendo que Walter había recibido un cofre de oro como recompensa por haber ayudado a cierto general.

—No sé nada de eso.

Bob arrugó la frente y exclamó:

—¿Cómo? Es lo que dice todo el mundo en Oswego.

—Pero yo no soy Charles Winters.

Mitchell tuvo la sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies. A pesar de que el doctor Niven se lo había advertido, mantuvo la esperanza de que su conversación con Walter le ayudaría a sacar algo en claro.

—Me llamo Douglas Carpenter y jamás he estado en Oswego. Soy de Kane, estado de Pensylvania.

Mitchell pensó que ya nada tenía que hacer allí y decidió retirarse.

—En ese caso debo marcharme —anunció—. Era Charles Winters quien me interesaba.

—Pues lo han engañado, señor Mitchell. Yo no soy Winters — repitió el otro.

Aun cuando todavía no habían pasado los diez minutos que el guardián concedió para la entrevista, la llave rechinó en la cerradura y la puerta se abrió irrumpiendo en la estancia el doctor Niven, quien después de cerrar a sus espaldas, miró a los dos hombres que se encontraban dentro.

—¿Qué tal se encuentra hoy, señor Winters?

—Algún día recibirá su castigo, doctor, y estoy dispuesto a vivir lo bastante para verlo —contestó nerviosamente el interrogado.

Niven no borró de su rostro la sonrisa, a pesar de la abrupta contestación, y se dirigió a Bob, invitándole:

—¿Me acompaña, señor Mitchell?

El detective asintió, y dirigieron a la puerta. De pronto, el enfermo gritó:

—¡Me llamo Douglas Carpenter! ¡Yo no soy Charles Winters!

Cuando salieron al corredor, el doctor se volvió hacia Mitchell, preguntándole:

—¿Ha logrado usted sacar algo en claro?

—No. En absoluto. Ya lo ha oído. Se ha empeñado en que él no es Charles Winters.

—Siento que haya perdido su tiempo. Ahora tengo que despedirme. Es mi hora de visita.

—Gracias por haberme prestado su ayuda, doctor.

Bob estaba cambiando un apretón de manos con Niven cuando se abrió una puerta que había al fondo del pasillo y vio aparecer a Edith Foster vestida de enfermera. La joven también lo descubrió a él y se detuvo de pronto como si se hubiera convertido en una estatua, pero reaccionó rápidamente y echó a andar velozmente, desapareciendo por un corredor que cortaba aquél en que se encontraba el detective. El doctor, que había observado el intercambio de miradas entre Mitchell y la enfermera, preguntó con el ceño fruncido:

—¿Se conocen usted y la señorita Aland?

—En absoluto —repuso Mitchell—. Aun cuando me ha parecido que ella me confundía con otra persona. Repito mi agradecimiento, doctor. Hasta la vista.

Cuando, minutos más tarde, Bob regresaba en el coche de

Jeffrey a Oswego, sus labios esbozaban una sonrisa porque en su mente había aparecido un rayo de luz.

CAPÍTULO VIII

Eran las nueve de la noche. Mitchell se hallaba cenando con evidente apetito en un pequeño restaurante que le había aconsejado Jeffrey Smith. En las actuales circunstancias, dando por cierto lo que Dean Johnson le había comunicado respecto a la persecución de que era objeto por la Brigada de Homicidios, no podía arriesgarse a aparecer por el Hotel Unión, ya que ello equivaldría a entregarse en manos de la policía. Sabía que a partir de aquel momento habría de andar con pies de plomo si quería salir entero de aquella ciudad.

Estaba abonando la cuenta de la comida al mozo que le había servido, cuando un coche pasó zumbando por la calle haciendo sonar una estridente sirena.

—¿Qué es eso? —preguntó Bob.

El camarero miró la puerta de la calle y repuso:

—Es el coche del parque de bomberos. Por la velocidad a que va, el incendio debe de ser fuera de la población.

El detective saltó de la silla y corrió hacia la salida, deteniéndose en la acera de la calle.

En aquel momento, el coche de Jeffrey se detuvo junto al bordillo con rechinar de frenos.

—¡Eh! ¡Señor Mitchell! —llamó el conductor.

Bob se apresuró a acercarse, inquirendo:

—¿Qué ocurre, Jeffrey?

—Pensé que le gustaría hacer el viaje. Acaban de comunicar telefónicamente desde El Hechizo que está ardiendo la cabaña número nueve.

Mitchell no necesitó saber más: abrió la portezuela y se coló dentro. Inmediatamente, el coche arrancó con un rugido.

—¿No sabe cómo ha sido? —preguntó el detective, cuando ya habían dejado atrás la ciudad.

—Ripley, el encargado del campamento, sólo ha dicho que la cabaña número nueve estaba ardiendo por los cuatro costados. No sé por qué, me dio que pensar la viajera que llevé al Hechizo. Usted dijo que la vio, ¿no, señor Mitchell? ¿Era pelirroja al fin?

—No, rubia. Por eso solamente la saludé.

Bob hizo todo el viaje intranquilo. Tenía el presentimiento de que iba a encontrarse con algo inesperado que complicaría las cosas aún más de lo que lo estaban.

Cuando el automóvil se detuvo en El Hechizo, el detective saltó fuera rápidamente y echó a correr hacia la cabaña siniestrada, donde los bomberos trabajaban para apagar la gran hoguera en que aquella se había convertido. Había un grupo de hombres que iban de un lado a otro y que Bob catalogó como policías de Oswego.

Las llamas daban un aspecto impresionante al escenario. Era indudable que cuando los bomberos hubiesen acabado su trabajo, la cabaña se habría convertido en un montón de ruinas.

Un par de hombres que debían de ser periodistas locales interrogaron a unos y otros, haciendo constar las declaraciones en sendos blocks. Había unos cuantos coches aparcados en las proximidades del lugar del siniestro.

Bob se entretuvo en fumar un par de cigarrillos, manteniéndose como testigo mudo de cuánto ocurría. Por fin, al cabo de una hora, pudo darse por terminado el incendio, pero de la cabaña apenas quedaban algunos troncos ennegrecidos.

Inmediatamente, los investigadores se fueron adentrando entre los restos, y al cabo de otros sesenta minutos encontraron un cuerpo calcinado. El de una mujer.

Jeffrey había acudido al lado de Mitchell y éste, cuando fue descubierto el cadáver, le pidió:

—¿Quiere hacer algo por mí?

—Ya sabe que estoy a su disposición.

—Entérese de la identidad de la muerta. A usted le será fácil. Lo esperaré en el coche.

El detective sólo tuvo que esperar diez minutos en el asiento trasero, hasta que volvió el conductor, el cual, sentándose ante el volante y volviendo la cabeza, explicó:

—Han encontrado también un bolso en cuyo interior había una tarjeta de identidad bastante chamuscada, pero han podido ver en

ella el nombre de la víctima.

Mitchell respiró profundamente antes de preguntar:

—¿Quién era?

—Una tal Edith Foster.

—¿Es posible? —murmuró Bob, como si hablase consigo mismo.

—¿Por qué no, señor Mitchell? Hay una cosa que le puedo asegurar. He visto el cadáver y he oído lo que han dicho los peritos. Esa mujer no tenía el color del cabello que usted dijo.

—¿No era rubia?

Jeffrey negó con la cabeza.

—Tenía el cabello castaño. Puede estar seguro de ello.

Bob se echó sobre el respaldo, quedándose pensativo durante un largo rato.

—¿Quiere volver a la ciudad? —preguntó Jeffrey.

—Sí. Creo que es mejor.

—¿Dónde quiere que le deje?

—En el Hotel Unión. Voy a descansar un rato.

Veinte minutos más tarde, Jeffrey detenía su coche a la puerta del Unión y Bob saltó a la acera, preguntando el importe del viaje. Jeffrey dijo que tres dólares, y cuando su cliente se lo estaba abonando, un coche negro pasó por la calle y, al llegar a la altura de ellos se oyó un fuerte tableteo. Bob no tardó una décima de segundo en arrojar al suelo, rebotando una y otra vez para no permanecer en el mismo sitio. Las balas levantaron pequeños géiseres de nieve. Al fin, Mitchell se quedó inmóvil, dándose cuenta de que el ametrallamiento había cesado. Entonces miró, todavía tirado en el suelo, al extremo de la calzada, viendo que el automóvil desde donde habían atentado contra su vida doblaba la esquina a toda velocidad.

Jeffrey, con el rostro densamente pálido, salió de su «Ford» y, al ver a Mitchell que se enderezaba sacudiéndose la nieve del abrigo, exclamó dando un hondo suspiro:

—¡Por mi tía Gertrudis...! ¡Se ha librado de una buena!

Algunas personas habían salido de las casas contiguas y el propio Corcoran asomaba su nariz por la puerta del hotel.

Bob entregó un dólar de propina a Jeffrey y le dio una palmada en la espalda, diciéndole sonriente:

—No se preocupe, Jeffrey. Todo ha ido bien, y a partir de ahora

irá mejor.

Corcoran lo recibió haciendo un gallo, mientras preguntaba:

—¿Qué es lo que ha pasado, señor Mitchell?

—Unos amigos han querido embromarme.

—¡Pero le tiraron con balas!

Bob se encaminó resueltamente al ascensor, y el muchacho que lo atendía lo subió hasta su piso.

Al abrir la puerta de su apartamento y dar la vuelta al conmutador de la luz, se quedó de una pieza contemplando a Rex Simmons sentado en un sillón y a dos hombres que lo flanqueaban en pie.

—Vamos, cierre la puerta —dijo uno de los desconocidos, de unos cuarenta años de edad, alto, de cabellos grises, ojos azules y rostro de rasgos enérgicos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Bob, aun cuando conocía la identidad de sus visitantes.

El que había hablado anteriormente lo obsequió con una forzada sonrisa, declarando:

—Teniente Brigs Arnold, de la Brigada de Homicidios de Nueva York, y sargento Kent Sullivan, afecto a mis órdenes.

—¿De vacaciones? —inquirió Mitchell—. Hace buen tiempo para esquiar.

—No se haga el gracioso, Mitchell —rezongó el teniente—. Sabe a lo que hemos venido.

Bob miró a su ayudante, preguntándole:

—¿Cómo te cogieron, Rex?

—Alguien llamó anónimamente al teniente, señalándole a usted como el asesino de Al Benson. Luego, Arnold dio como bueno el soplo cuando el encargado del edificio en que vivía Benson facilitó su descripción. Sólo tuvieron que acudir a su despacho, en donde se me había ocurrido dejarme caer. Me apretaron las clavijas y yo pensé que le ayudaba al decirles que había venido a Oswego a esclarecer el caso.

El teniente soltó una risita, preguntando después:

—¿Lo ha esclarecido ya, Mitchell?

—Sólo me faltan un par de detalles.

—Pues es una lástima, pero de todas formas quizá consiga dar con la solución en la cárcel.

—¿Piensa detenerme, teniente?

—¿Usted qué cree?

—Cometería el mayor error de su vida. Yo no maté a Al Benson.

—No, claro que no —asintió Arnold con retintín.

—Escuche, teniente. Acabo de regresar de El Hechizo, un campamento de turistas que hay en las cercanías de Oswego. Esta noche ha ardido una cabaña, habiendo perecido quemada una mujer.

—Utiliza usted unos medios bastante expeditivos.

—¿Piensa que también soy un incendiario? —Mitchell sonrió, añadiendo después de la pausa—: Tengo una coartada a toda prueba para el caso de que me quieran cargar también este asesinato. A la hora en que empezaba a arder la cabaña yo estaba cenando en un pequeño restaurante que hay al final de la calle. Puede comprobar mi declaración interrogando al camarero que me sirvió y a un hombre llamado Jeffrey Smith que tiene un coche de alquiler en la estación de autobuses.

—No soy tonto, Mitchell. Usted está trabajando con un cómplice. El es quien siguiendo instrucciones se ha desembarazado de esa mujer. Ha estado en comunicación con El Hechizo desde que llegamos a Oswego hace una hora, y sé que el cadáver es el de una tal Edith Foster.

—¿Por qué había yo de matar a esa joven?

—Tengo una teoría bastante bonita respecto al caso en que se ha visto envuelta, Mitchell. A usted, como a tantos otros, se le han hecho los dientes largos pensando en la posibilidad de hacerse con el supuesto tesoro de Walter Hogan.

—¿No cree en su existencia?

—Dejé de leer novelas de aventuras hace muchos años, Mitchell. Ese tesoro es una de las cosas más graciosas que he oído en mi vida. En 1929 murieron dos personas por él y ahora han sido asesinadas otras dos. Pero las célebres monedas de oro no aparecen por ninguna parte. Ande, enséñeme una y empezaré a creer en las hadas.

—No, teniente, no le puedo enseñar ninguna moneda de oro. Pero si me deja veinticuatro horas en libertad, le entregaré el caso resuelto y con ello la oportunidad de que se haga famoso en todo el país.

—No le creía a usted tan ingenuo, Mitchell. ¿Piensa que me voy a tragar el anzuelo? Sé lo que pasará si lo dejo en libertad durante esas veinticuatro horas. Lo tendremos que ir a buscar al Japón o a la Arabia Saudita.

—¿Es que está sordo, teniente? ¿No ha oído hace unos minutos un tableteo en la calle? ¿No sabe distinguir una pistola ametralladora del ruido de una batería de cocina? Han intentado asesinarme en la misma puerta del hotel. ¿No le sugiere esto nada?

—He hecho mi composición de lugar respecto a todo este negocio. Hay otros como usted que creen en la existencia de ese fabuloso tesoro y rivalizan a ver quién lo puede conseguir. ¿Está conforme?

—¡Y un cuerno! Lo único cierto es que han querido matarme porque estoy a punto de descorrer el velo del misterio.

—No haga dramas, Mitchell. Ya le he dado bastante cuerda para que siga manteniéndose en sus trece. Es posible que si hace un esfuerzo comprenda. Los ciudadanos pagan sus impuestos para que nosotros les protejamos, y es a nosotros a quienes incumbe echar mano a los que infringen las leyes.

—¡Yo soy un detective particular y tengo mi licencia en regla!

—Déjese de monsergas. Usted ha dejado de hacernos ya la competencia.

En aquel momento, Rex se incorporó de un salto, y pasando un brazo por sobre los hombros de cada uno de los policías, los atrajo hacia sí, mientras gritaba:

—¡Lárguese, Mitchell!

Bob obedeció como un rayo. Abrió la puerta y escapó del apartamento, oyendo a sus espaldas los gritos enfurecidos de Arnold y Sullivan.

Bajó las escaleras como un ciclón y cruzó el vestíbulo, observando que Corcoran le miraba perplejo.

Ya en la calle imprimió mayor velocidad a sus piernas dirigiéndose hacia la central de autobuses, pero al llegar allí se dio a todos los diablos porque no encontró el coche de Jeffrey Smith. De pronto, una voz le preguntó:

—¿Taxi, señor?

Volvió la cabeza y no vaciló en aceptar la propuesta. Era lo que necesitaba. Se coló en el interior de un coche «Chevrolet», modelo

1950, y el conductor le preguntó:

—¿Adónde quiere ir, señor?

—A México. Sanatorio del doctor Niven.

El vehículo arrancó y Mitchell encendió un cigarrillo, nerviosamente.

Al salir de la población, el vehículo se detuvo bruscamente y el detective salió despedido hacia adelante.

—¿Qué le ocurre a usted? —preguntó adustamente al hombre que se hallaba frente al volante.

La portezuela del asiento trasero se abrió y Mitchell reconoció en el hombre que entraba al gordito que le visitó en su despacho de Nueva York. Ahora esgrimía una pistola con la mano derecha e inmediatamente que se sentó junto a él, irrumpió en el coche su compañero, el largo y huesudo, mostrando en su mano otra arma.

—Bien —dijo el primero—. Al fin nos hemos podido hacer contigo, detective.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó Bob, pensando que prefería la compañía del teniente de la Brigada de Homicidios.

—Vamos a hacer un viaje, Mitchell —explicó el que había hablado antes—. Y te aconsejo que no intentes nada, o de lo contrario, precipitarás tu muerte.

El detective decidió que nada podía hacer para oponerse a los deseos de la pareja de buitres.

—¿Dónde está la fiesta? —ironizó.

—Ya lo verás cuando lleguemos, y cierra la boca. A Ronald y a mí nos gusta viajar en silencio.

Ninguno de los cuatro hombres pronunció palabra alguna en los siguientes veinte minutos.

Cuando el vehículo se detuvo, el gordito apretó el cañón de su revólver en el costado de Mitchell, al *tiempo* que le decía:

—Anda, muchacho. Éste es el fin de tu carrera.

Bob temió por un momento que se encontrasen en un descampado y que lo hiciesen bajar para ultimarle, pero se dio cuenta al descender del vehículo que éste se había detenido junto al sanatorio del doctor Niven.

Los cuervos lo acompañaron hasta la puerta de Morro, mientras el coche desaparecía por una transversal.

El llamado Ronald tenía una llave que metió en la cerradura,

abriendo la puerta de la verja. Luego cruzaron el camino de grava, y después de subir la escalera, el propio Ronald pulsó el timbre.

Un hombre que Bob no había visto con anterioridad les franqueó la entrada. Subieron en el ascensor al primer piso y se dirigieron al despacho que Mitchell ya conocía. Pasaron por la oficina, en donde ahora no había nadie, y el gordito abrió la puerta de vidrio esmerilado y con la pistola indicó al prisionero que penetrase. El detective así lo hizo, reconociendo al hombre que se hallaba sentado en un sillón.

—¿Qué tal se encuentra usted, señor Harris? —La saludó.

CAPÍTULO IX

John Harris se levantó sobresaltado, mientras exclamaba:

—¡Señor Mitchell! ¿Qué hace aquí?

—Me aburría mucho con mis arenques y me dejé caer por Oswego, pensando que se iba a cocer algo fuera de lo normal.

—No le comprendo; ¿quiere decir que está en combinación con esta gentuza? —Harris hizo una pausa y luego entrecerró los ojos, añadiendo—: Poco a poco me voy dando cuenta de la siniestra maquinación de que estoy siendo objeto.

—No sea ingenuo, señor Barrie.

Harris hizo un segundo gesto de sorpresa.

—¿Me conoce, Mitchell?

—Hace tiempo deduje que usted era Reginald Barrie y Vicky Martin su hija.

—¿Cómo lo supo?

—Soy un detective privado a quien, Dean Johnson contrató para que investigase en la vida de usted. Me contó una historia muy emocionante que creía a pies juntillas. Usted había hipnotizado a Vicky haciéndole reconocer una vida anterior. Es decir, otorgándole la personalidad de una persona ya muerta que se llamaba Jean Hogan.

—¡Pero si Dean Johnson es el prometido de mi hija! ¿Qué móvil le pudo impulsar para inventar semejante patraña?

—El mismo móvil que ha impulsado a Cuantas personas están relacionadas con este caso. El tesoro de Walter Hogan.

—¡Pero eso es inaudito! ¿Cómo iba Johnson a saber que yo era Reginald Barrie y Vicky mi hija?

—Resulta bastante sencillo de comprender teniendo en cuenta que Dean Johnson era novio de una de sus empleadas, Elaine Walker. ¿Ha podido Elaine informarse de quién era realmente usted? Apuesto a que sí, señor Barrie. Mi composición de lugar es la

que ella abusó de su confianza y se enteró de algún modo de que Reginald Barrie y John Harris eran una misma persona y de que Vicky Martin era su hija.

Barrie se pellizcó la barbilla en actitud pensativa y, al cabo de un rato, dijo despaciosamente:

—Elaine ha tenido que oír el disco que grabé por si acaso me ocurría algo. En él explicaba mi verdadera identidad y la de mi hija, así como la historia de la muerte de mi suegro y mi esposa. Ese disco lo guardaba en una caja fuerte que tengo en mi despacho. Ahora está todo claro. Elaine debió de enterarse de la combinación y, aprovechando alguno de mis viajes fuera de Nueva York, escuchó la grabación.

—Pero lo peor de todo es que se lo contó a su novio Dean Johnson, el cual vio una posibilidad de dar con el célebre tesoro. Naturalmente, usted en ese disco no mencionaba el lugar en que se hallaba el cofre con las monedas de oro, por lo que emprendió una investigación por su propia cuenta.

—¿Sugiere usted que hizo el amor a mi hija para conseguirlo?

—Está fuera de toda duda, pero comprobó que Vicky no sabía nada al respecto, y decidió contratar a un detective privado que no fuese perro viejo en la profesión. El adivinaba que iba a encontrar muchas dificultades en ese trabajo y que era conveniente para él esconder el cuerpo, so pena de encontrarse con algo inesperado. Por eso, le repito, inventó el cuento del hipnotismo, prefiriendo que yo fuese desenredando la madeja por mis propios medios.

Barrie se llevó la mano a la cabeza y apretóse las sienes, exclamando:

—¿Cómo es posible tanta iniquidad?

—Es ahora cuando usted necesita mantenerse más sereno, señor Barrie. Dígame, ¿qué cebo le han puesto en la trampa para que usted haya caído en ella?

Me llamaron telefónicamente a Pittsburg diciéndome que tenían a Vicky en su poder y que la matarían si no venía inmediatamente aquí, advirtiéndome que la ultimarían de todas formas si establecía contacto con la policía. Inmediatamente fleté un avión que me dejó en Siracusa de donde he continuado en coche hasta México, donde me esperaba un hombre.

—¿Ha visto ya a su hija?

—No, todavía no. Acababa de llegar cuando usted ha aparecido.

Bob dio unos pasos por la habitación mientras se frotaba la cabeza y de pronto se detuvo, preguntando:

—¿Qué tuvo que ver el doctor Niven con la muerte de su suegro y su esposa, señor Barrie?

—¿El doctor Niven?

—Supongo que no le darían ningún nombre cuando hablaron telefónicamente con usted, pero sepa que este sanatorio está regentado por ese médico.

—Era entonces el médico forense en Oswego. Cómo tal, practicó la autopsia a Walter y Jean.

—Lo suponía. No podía ser de otra forma.

—Yo, en cambio, no consigo comprender nada de lo que está pasando aquí, señor Mitchell. Admitiendo que usted es un detective privado y trabaja por cuenta de Dean Johnson, ¿qué significa su presencia en este lugar?

—Los dos hemos venido obligados, aun cuando los medios que hayan utilizado para conseguirlo en ambos casos difieran bastante. A usted lo han traído con el señuelo de la vida de su hija en peligro. A mí, mostrándome los hocicos de un par de pistolas.

—Pero, al fin y al cabo, el que me hayan traído a mí tiene una justificación.

—Por suerte o por desgracia para mí he ido acercándome a la verdad de lo que ocurrió hace más de veinticinco años y de lo que acaba de ocurrir ahora. ¿Se acuerda usted de Al Benson, el detective privado que representaba una agencia de investigadores pagada por un diario de Nueva York para aclarar el caso de los Hogan?

—Sí. Lo recuerdo perfectamente.

—Lo encontré asesinado antes de salir de Nueva York. Le habían clavado un picador de hielo en la espalda. Me endosaron a mí el crimen y, naturalmente, tal eventualidad me ha estimulado para encontrar al verdadero culpable. Ahí es donde creo que alguien ha cometido su mayor equivocación. Pero no nos apartemos de la cuestión principal: ¿cuándo supo usted dónde se encontraba el tesoro?

Barrie empezó a pasear lentamente por la habitación y, al cabo de un rato, participó:

—Walter se lo había dicho a Jean. Al viejo le enloquecía pensar

que pudiera perder su cofre de monedas de oro. Unos cuantos hombres, aventureros como él, habían luchado en el bando del general que resultó triunfante. —Calló mirando a Mitchell—. ¿Está usted enterado de toda la historia?

—Sí; la conozco en sus principales detalles. Puede usted proseguir.

—Algunos de aquellos compadres de Walter, supervivientes como él de la guerra civil en que lucharon, lo buscaban por los Estados Unidos. Ninguno de ellos había recibido la recompensa que obtuvo Walter. Por ello el viejo se consumía en su cabaña, temiendo ver llegar en cualquier momento a uno de sus antiguos camaradas dispuesto a todo por conseguir el cofre. Ésa es la principal razón de que apenas estableciera contacto con los vecinos de la comarca de Oswego y de que procurase que su hija no tuviese tampoco el menor roce con ningún hombre. Vivía obsesionado, con los nervios rotos. Probablemente, en un momento de relajamiento, de debilidad, comunicó a su hija el lugar donde guardaba el cofre. Por ello, cuando Jean y yo nos enamoramos, Walter vio en mí a un enemigo, a un hombre que sólo buscaba su fortuna creyendo que Jean me había comunicado su secreto, siendo así que no era cierto. Yo siempre creí que la historia del tesoro había sido una invención de la gente de Oswego. Sabía que un forastero había dicho en el bar de Charles Winters todo aquello del cofre, pero lo consideraba como las manifestaciones de un hombre después de haber bebido unos cuantos vasos de más.

Bob hizo una señal para interrumpir a Barrie y, cuando éste guardó silencio preguntó:

—¿Qué pasó con aquel desconocido?

—Jean me contó que había aparecido por la cabaña y que su padre consiguió deshacerse de él dándole mil dólares. Entonces fue cuando el forastero, con el dinero contante y sonante en el bolsillo, se metió en el bar de Charles Winters antes de marcharse de Oswego.

—Si ese hombre se hubiese dado cuenta del daño que iba a hacer con su declaración, indudablemente hubiese pasado de largo.

—Tenga en cuenta que mi suegro fue asesinado nada menos que dos años después que el desconocido desapareció de la comarca.

—Eso sólo explica que el asesino trató de conseguir el tesoro por

las buenas. Adivino que merodearía por la cabaña de los Hogan e incluso que seguiría a Walter muchas veces, pensando que una u otra vez lo conduciría adonde escondía el tesoro. Peno transcurrieron esos dos años sin que su espera diese fruto alguno, y se dedicó a recurrir a un medio más eficaz, el de la violencia.

Las últimas palabras de Bob hicieron estremecer ostensiblemente a Reginald Barrie, quien preguntó:

—¿Cree usted que habrán hecho daño a Vicky?

—No; puede estar seguro de ello. Es el precio que le van a pedir por señalarles el lugar del tesoro.

—Me suponía que tarde o temprano ocurriría esto, y por ello me mantuve alejado de Vicky. Jean me comunicó el lugar donde se escondía el cofre, cuando nos fuimos a California. Después de nacer Vicky, dejándola allí, decidimos regresar a recoger el cofre, extremando nuestras precauciones al objeto de que el asesino de Walter no sospechase nada. Nos fuimos a vivir a la cabaña y continuamos haciendo nuestra vida ordinaria. Fui un temerario al dejar sola a Jean, pero el caso es que ella misma fue del parecer que no debíamos mostrar miedo para que todo el mundo creyese que seguiríamos en la comarca. Pero ese hombre, quienquiera que fuese, estaría loco. Había matado a Walter y no había logrado hallar el cofre. Debió dudarle muchas veces antes de decidirse aquella noche a entrar en nuestra casa, encontrando a Jean sola. Mi mujer se portó valientemente, pero yo hubiera preferido que le hubiese dicho lo que él deseaba. Yo la quería a ella más que a todas las monedas de oro del mundo. Lo cierto es que fue la segunda víctima. Cuando regresé del puesto de gasolina y vi la cabaña convertida en una hoguera, estuve a punto de pedir la protección de la policía para hacerme con el cofre, pero pensé otra cosa.

—Usted dedujo que si sacaba el cofre de donde estaba, perdería toda oportunidad de dar con el asesino de su esposa.

—Exactamente, señor Mitchell. Un hombre que había matado a dos personas utilizando medios tan brutales, no vacilaría en proseguir su obra surcada por un reguero de sangre. El deseaba el tesoro y no dudaría en seguir matando con tal de apoderarse de él. Pero pensé que si me quedaba en Oswego, él, tarde o temprano, daría con una oportunidad para tenerme a su merced. Entonces pensé que era mucho más sencillo obligarlo a salir de su madriguera

y a luchar en un terreno que no le fuera tan conocido. Traspasé mi puesto de gasolina y me fui a Nueva York, donde alquilé un apartamento en un hotel. Allí me pasaba encerrado entre las cuatro paredes, los días, las semanas, esperando que llegase mi hombre. Cada vez que llamaban a la puerta, yo apretaba la culata de la pistola que guardaba en el bolsillo de mi batín y mi corazón saltaba de júbilo pensando en que, por fin, se había decidido a visitarme. Pero mi espera se hizo agobiante porque no rendía fruto. Entonces pensé que quizá no viniese nunca. Yo estaba suscrito a *El Clarín de Oswego*. Todos los días leía en la sección necrológica que moría gente. El asesino de Jean podía haber muerto, en cuyo caso estaría toda la vida encerrado allí esperando algo que no habría de sobrevivir. Me sentía muy solo, y una nueva idea fue adquiriendo brillantez en mi cerebro. La de que yo tenía una hija en California, que era víctima inocente de aquel condenado complot. Pero al propio tiempo temía por ella. Me atenazaba una terrible duda. Llegué a pensar que me iba a volver loco, porque me decía a mí mismo que también el asesino había esperado dos años para realizar sus planes desde que supo la existencia del tesoro. ¿Por qué no había de dejar transcurrir otros dos años o tres u ocho para atacar de nuevo? Este miedo fue el que prevaleció. Miedo por mi hija. Decidí traerla a Nueva York manteniéndola apartada de mí, dándole incluso otro nombre. El amigo que tenía en California se prestó a todos mis deseos, y mi hija fue internada en un colegio de Nueva York, con la identidad de Vicky Martin.

Barrie hizo una pausa y, tras dar un suspiro, prosiguió:

—No lo volvería a hacer por nada del mundo. Preferiría mil veces que ese criminal se llevase cien cofres de monedas de oro. Es muy duro tener una hija y renunciar a ella. Yo tenía en mi mente la ola de raptos de niños que asolaban nuestro país. Crímenes que dieron lugar a la promulgación de leyes federales para detener el número ascendente de esta clase de delitos. Era evidente que el asesino, si creía que yo no ignoraba el lugar donde se escondía el tesoro, podía raptar a mi hija para coaccionarla. No, no podía arriesgar tanto.

—Hizo usted un enorme sacrificio, pero estaba completamente justificado.

—¿Y de qué me sirvió? Tras tantos años de mantenerme

apartado de Vicky, ahora resulta que ha ocurrido lo que traté de evitar.

—Cometió usted un error al querer vivir cerca de su hija mientras no se aclarase todo.

—Lo peor fue eso. —Barrie guardó otro silencio, diciendo más tarde—: Le dije a Vicky la verdad. Le conté toda la historia. Eso fue solamente hace seis meses. Temí que me odiara, pero comprendió el buen deseo que había guiado mis actos y pude estrecharla entre mis brazos por primera vez desde que la dejé recién nacida en California. Ha bastado que transcurriese solamente ese medio año para comprender que no debí dar nunca ese paso.

—Quizá no tenga que lamentar nada, señor Barrie.

—¿Usted cree?

—Deje el asunto en mis manos. Ahora quisiera que me contestase a una pregunta. ¿Con qué pretexto se presentó a usted Edith Foster?

—¿La señorita Foster?

—Sí. Aquella joven a quien usted citó en El Pingüino cuando me presenté con mi disfraz de consertero en su despacho.

—Oh, sí. Era una vecina de mi amigo Tom. El que vive en el Valle de San Fernando. Tom me envió una carta con ella, preguntándome por el estado de salud de mi hija.

—Y usted, como es lógico y natural, le contaría dónde se hallaba.

El rostro de Barrie se tomó pálido.

—¿Qué quiere decir, señor Mitchell?

—Quiero decirle que Edith Foster no ha visto en su vida a su amigo Tom, ni por tanto ha vivido en el Valle de San Fernando, ni nunca ha sido vecina de él. El buscador del tesoro se dio cuenta de que usted y Jean habían estado en California después de morir Walter, e investigó por aquel lado, informándose, claro está, de que usted tenía una hija y de que su amigo Tom la trajo a Nueva York. Después de ello, sólo tuvo que falsificar una carta de Tom y hacer que Edith se presentase a usted con el cuento.

—¡Santo cielo! ¡Y a mí que me había impresionado la cara angelical de esa joven!

—Esa joven ya no existe. A primeras horas de la noche ha sido encontrado su cadáver carbonizado en un campamento de turistas

llamado El Hechizo.

Reginald desorbitó los ojos, exclamando:

—¡Lo mismo que Jean!

Bob sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció a su interlocutor, el cual hizo un ademán negativo. El detective encendió y, tras arrojar una bocanada de humo, reanudó sus pasos por la habitación.

—¿Es que ese monstruo no tenía bastante con dos muertes sobre su conciencia? —murmuró Barrie.

—No se preocupe. Todos los que de una u otra forma están relacionados con estos crímenes, recibirán al fin su merecido.

—¿Y qué están esperando para hacerse ver?

—Eso es más sencillo de explicar todavía. Nos han dejado solos para comprobar hasta qué punto estoy yo al corriente de todo. — Bob se adelantó hacia la mesa del despacho y cerró la llave de un dictáfono—. ¿Lo ve? Existía comunicación directa con la habitación contigua.

En aquel momento se abrió una puerta, entrando en la estancia el doctor Niven.

CAPÍTULO X

—Le felicito, señor Mitchell —dijo el doctor—. Ha hecho usted un buen trabajo. Lástima que no le vaya a servir de nada.

—Eso es lo que usted cree —repuso Mitchell con una sonrisa—. ¿Cuál es su límite, doctor Niven?

—Lo comprobará usted cuando haya terminado con el señor Barrie.

Reginald miraba con ojos perplejos al médico.

—Entonces..., ¿usted es el asesino? ¿Usted mató a mi esposa?

—Yo no tengo nada que ver con aquello.

—¡Es usted un cínico!

Mitchell intervino entonces para decir:

—El doctor Niven está diciendo la verdad. El no fue quien asesinó a su esposa ni tampoco mató a Walter Hogan.

—No me importa lo más mínimo esa cuestión —declaró el médico, mirando a Barrie—. Usted sabe perfectamente a qué ha venido.

—¿Dónde está mi hija?

—La verá en el momento oportuno.

—No pienso decirle a usted dónde se encuentra el cofre mientras no compruebe que tiene en su poder a Vicky.

El doctor se quedó un rato en suspenso y, finalmente, asintiendo, cogió un teléfono de la mesa.

—¿Kipp? Estoy en mi despacho. Trae aquí a la señorita. —Luego colgó y volvió la mirada a sus interlocutores—. Terminaremos el asunto esta misma noche.

—Es lo que digo yo —convino Mitchell—. Esto se ha estado demorando demasiado tiempo. Más de veinticinco años. Ya va siendo hora de que lo que se inició con la muerte de Walter Hogan termine de una vez.

—Utiliza usted un extraño tono para referirse a ese final

inminente —apuntó el doctor—. Por lo visto, usted mantiene todavía esperanzas.

—En plena seguridad, y le voy a sugerir una cosa, doctor.

—¿De qué se trata?

—Entréguese a la policía y apuesto a que se contentarán con freírle en la silla eléctrica.

—Es usted muy gracioso, señor Mitchell. Pero aun en el caso de que saliese mal el negocio, no me harán mucho daño porque he tomado mis medidas. ¿Cree que me pueden achacar alguna de las muertes recientes?

—Desde luego lo ha maquinado todo a la perfección. Usted obligó a Edith Foster a que matase a Al Benson y luego sus dos cuervos la hicieron arder en la cabaña número nueve de El Hechizo. Bastaría que Ronald y su compinche cantasen para demostrar que usted ha sido el inductor de ambos asesinatos.

—Usted sabe que en toda muerte debe existir un móvil; ¿cuál es el que me ha impulsado a mí a hacer matar a Al Benson?

—Yo se lo diré. Benson era el detective privado que comisionó la agencia de detectives Bush y Haupman para ahondar en el caso Hogan, cuando en mil novecientos veintinueve un diario de Nueva York quiso explotar la expectación que había despertado aquella muerte, entre sus lectores. Benson debió dedicar toda su atención al asunto y se encontró con un hecho que la policía pasó por alto. Usted era el forense y al dictaminar la muerte de Jean Hogan no señaló en el parte de la autopsia nada que pudiera servir para establecer un veredicto de asesinato. Teniendo esa parte como prueba, el juzgado de Oswego determinó que Jean había perecido en un incendio casual. Pero Benson no se conformó con aquello y vio el cadáver. Apuesto a que era un detective bien preparado y pudo observar en el cuerpo de la víctima un detalle significativo. Por ejemplo, la señal de un golpe que debió privarle del conocimiento antes de que ardiese la cabaña.

Niven esbozó una sonrisa, objetando:

—Ese golpe se lo pudo producir Jean misma. Ella dejaba una lámpara de petróleo encendida hasta que su marido llegaba del puesto de gasolina. La lámpara cayó por algún motivo. Desparramó el petróleo y empezó a arder la cabaña. Entonces, Jean, que se había quedado dormida despertó y, al echar a correr para ganar la

puerta, tropezó en cualquier sitio y cayó, golpeándose la cabeza.

—¿A quién pretende justificar los hechos? ¿A mí o a Al Benson?
Los ojos de Niven brillaron con fiereza.

—¡A ninguno de los dos! Al Benson está muerto y usted lo estará dentro de poco.

Mitchell soltó una risita y luego dijo:

—No, doctor. Usted siente que pesa sobre su conciencia una grave acusación y a veces llega a sugestionarse y a creer que está hablando con la policía. Es cuando trata de justificar por qué en aquel dictamen forense usted no describió el verdadero aspecto que ofrecía el cuerpo de Jean.

—¡El cuerpo estaba carbonizado!

—Y ello le sirvió a usted para firmar su parte sin temer responsabilidad alguna. Pero Al Benson se dio cuenta de la anormalidad.

—¿Por qué, entonces, no lo dijo a la policía?

—Oh, ahí es donde Benson falló. Es por lo que a este asunto yo lo denominaría como «El caso de los ambiciosos». A Benson le atrajo la idea de ser también usufructuario del cofre de Walter Hogan. Es lo que se diría él. Si la policía no había logrado esclarecer la muerte de los Hogan, ¿por qué demonios iba a ser él quien lo hiciese? ¿Qué iba a ganar con ello? ¿Fama? De eso no se vive. Se necesita dinero, y en todo aquello había un verdadero río de oro, como lo probaba el hecho de que un hombre hubiese cargado sobre sus hombros dos muertes para conseguirlo. Benson decidió esperar. Un día u otro, pensó, encontraría al asesino. Tuvo en cuenta que usted, doctor, lo estaba protegiendo.

—¡Cállese!

La puerta por la que había entrado anteriormente el doctor se abrió de nuevo apareciendo Vicky Martin, custodiada por Ronald y su inseparable compañero.

—¡Papá! ¿Qué es lo que quieren estos hombres?

Reginald abrazó a su hija, besándola en la frente y, cuando la separó de sí, preguntóle:

—¿Te han hecho daño, Vicky?

—No.

—Ya ve que he cumplido mi palabra. Dígame ahora dónde está el tesoro, y usted y su hija saldrán en libertad de esta casa.

—Le comunicaré lo que desea. Pero quiero imponer otra condición.

—¿Cuál es? —quiso saber el doctor.

—Que respete también la vida del señor Mitchell.

—Está bien —asintió Niven—. Mitchell también quedará en libertad. Ande, Barrie. Suéltelo de una vez.

Vicky apretó la mano de su padre entre las suyas, exclamando:

—¡Papá!

—Déjalo, hija. Es mejor así. De esta forma terminará esta horrible pesadilla. —Luego Barrie alzó la mirada hacia el doctor y murmuró—: El cofre está enterrado en Pine Point, ocho millas al oeste del lugar en que se hallaba la cabaña de Walter Hogan.

—Concrete más el lugar.

—Es cerca de la cantera abandonada de Jeremías Barón. Hay que tomar como punto de referencia la vieja cabaña de Jeremías, situarse frente al lago y andar diez pasos a la derecha hacia el pino más alto que hay enfrente.

El médico distendió los labios en una sonrisa mientras decía:

—Bien. Creo que ha valido la pena esperar. De todas formas, no puedo permitir un engaño a estas alturas. Usted vendrá conmigo, Barrie, y su hija nos acompañará.

—¿Y el señor Mitchell?

—El se quedará aquí en compañía de mis muchachos, hasta que regresemos nosotros. Vamos, dense prisa.

Bob quedó a solas con los dos cuervos y, tras mirarlos de hito en hito, rezongó:

—Bueno. Supongo que podremos esperarlos cómodamente instalados.

—Anda, siéntate —autorizó Kipp. Y luego se dirigió a Ronald—: Vigílalo mientras yo voy arriba.

—¿Para qué?

—Voy a traer a Winters. Ten cuidado con este prójimo. Se puede pasar de listo.

Transcurrieron unos diez minutos y por fin entraron en el despacho Charles Winters y Kipp.

—Hola, Charles —saludó Mitchell al recién llegado, levantando la mano—. Y no me diga que es Douglas Carpenter. Esa historia me pondría triste y estoy de buen humor.

Winters sonrió, dio media vuelta a la mesa y sentóse en el sillón del doctor.

—Le advertí a Niven que usted no se tragaría el cuento, pero él insistió en que yo hiciese la comedia.

—¿Entonces me esperaban?

—Sabíamos que cuando usted llegase al punto en que el compañero de Walter Hogan soltó lo del cofre en mi bar, trataría de verse conmigo. Niven pensó que continuase haciendo el papel de desequilibrado para que usted no me dirigiese preguntas que me pudieran comprometer.

—Creen que han sido muy listos, ¿verdad?

—Supongo que no ha salido tan mal, cuando al fin Niven y yo vamos a conseguir el cofre del tesoro.

Mitchell dio un suspiro, diciendo:

—Esto es lo malo de estar tratando con locos, que al fin uno habla como ellos.

Winters apretó firmemente los labios, preguntando:

—¿Qué pretende sugerir, Mitchell?

—Lo comprenderá en seguida. Usted, después de que aquel fulano contó su historia en el bar, seguiría varias veces, a Hogan para tratar de localizar su tesoro. Pero al fin, viendo que no conseguía nada, decidió recurrir a la fuerza. Un buen día le salió al paso en el bosque y le amenazó con matarle si no le decía dónde se encontraban escondidas las monedas de oro. El, probablemente, no creería en sus amenazas y se rió de usted. Entonces, fue cuando lo atacó. Walter se aprestó a defenderse y usted cogió una piedra y lo golpeó una y otra vez hasta matarlo.

»Pasaron los meses y Jean Hogan regresó con su marido, instalándose en la cabaña del viejo Walter. Usted empezó a pensar lógicamente que la hija debía de conocer el secreto de su padre. En ella, como mujer que era, podría encontrar las facilidades que no le había dado su presunta víctima. Se presentaría en su casa de noche, aprovechando que Barrie estaba en el surtidor de gasolina, y la amenazaría.

»Es fácil suponer lo que pasó. Cuando ella escuchó su pretensión y supo que era el asesino de su padre, le diría que lo iba a entregar a la policía y se dispuso a salir de la cabaña. Usted se le arrojó encima y la golpeó, y cuando vio su cuerpo sin sentido resolvió

quemar la casa.

—¡No ocurrió así! —saltó Winters, con los ojos desorbitados—. Ella corrió hacia la puerta como usted dice, pero yo la atrapé antes de que la abriese. Peleamos, yendo de un lado a otro de la habitación. Ella golpeó la lámpara de petróleo que pendía del techo. La lámpara le cayó encima y Jean se desplomó en el suelo. Fue cuestión de un segundo. De pronto quedó envuelta en llamas. No pude hacer nada por salvarla. Salí corriendo de allí y no me detuve hasta llegar cerca de mi bar.

—Bien, para el caso es lo mismo. Usted llevaba la intención de matarla y la hubiera ultimado de todas formas.

—¿Qué más sabe usted, maldito sabueso?

—El doctor Niven, forense de Oswego, se dio cuenta de que el cadáver de Jean mostraba señales de violencia ejercida sobre ella antes de morir presa de las llamas. Pero no lo hizo constar en el parte de la autopsia, porque pensó que podía sacar partido de ello por su cuenta. Su trabajo consistía secamente en dar con el asesino. ¿No se decía que había un tesoro? Un cincuenta por ciento del total del botín sería un buen pellizco para él. Sólo me falta saber cómo lo identificó a usted.

—Fue por una condenada jaqueca que me dio al día siguiente de morir Jean Hogan. Creí que me iba a estallar la cabeza. Llamé al doctor a mi casa y vino a visitarme precisamente después de haber practicado la autopsia. Yo estaba en la cama acostado y me estuvo observando atentamente. De pronto, sus ojos se fijaron en la ropa que tenía yo sobre el respaldo de una silla. Se dio cuenta de algo que para mí había pasado inadvertido. Mi chaqueta estaba desgarrada. El doctor utilizó un buen sistema. En lugar de preguntar me acusó directamente. Le supliqué, le rogué que guardara silencio, y entonces fue cuando puso sus cartas boca arriba. Me exigía la mitad del tesoro. No me creyó cuando le dije que no sabía dónde se hallaba escondido, pero después de mucho repetírselo, terminó por convencerse.

—Entonces fue cuando decidieron trabajar juntos para conseguirlo.

—Así fue.

—¿Por qué no mataron también a Reginald Barrie para completar la serie?

—Niven fue de la opinión de que debíamos darle cuerda. Le seguimos a Nueva York cuando traspasó el surtidor de gasolina, y empezamos a esperar, esperar... Sabíamos perfectamente que Reginald no había podido sacar de aquí el tesoro ni que tampoco había realizado operación alguna de tipo bancario que nos hiciese sospechar que lo había transformado en dólares. Era evidente que el cofre continuaba aquí, y de pronto, al cabo de unos años, Reginald desapareció. Creí que verdaderamente me volvía loco. Pensé que de un modo u otro había logrado hacerse con las monedas de oro sin que nosotros nos diéramos cuenta, y se había largado a otro país para disfrutar de su fortuna.

»Hasta que un día Niven, analizando todo lo que había sucedido acerca de los Hogan, encontró un punto que hasta entonces no había llamado nuestra atención. ¿Por qué Jean y Reginald habían ido a California después de la muerte de Walter?

—Lo demás está claro —dijo Bob—, y ya lo había deducido por mi cuenta. Descubrieron lo de la hija y siguieron su pista. Aquello debió de ser estupendo para ustedes. Decidieron raptar a la chica y obligar al padre a entregar el tesoro.

—Lo verdaderamente magnífico fue encontrar en Nueva York a Reginald, viviendo en el apartamento vecino al de su hija.

—Y cuando ustedes hacían los preparativos del rapto, Al Benson pretendió sacar su tajada.

—Sabíamos que ese detective estaba esperando su oportunidad desde hace veinticinco años para lanzarse sobre nosotros.

—Sí; este caso me recuerda la fábula de las moscas que acudieron al panal de rica miel. Benson también merecía un buen trofeo por su inagotable paciencia. Alquiló una cabaña en Oswego para estar cerca de ustedes y, probablemente, tendría en Nueva York alguien que trabajaba para él y que debió descubrir lo de Harris. Para ello le habría bastado con seguir a uno de estos dos muchachos. —Bob miró a Kipp y Ronald—. Dispuestos ya, Niven y usted, a dar el golpe definitivo, es decir, a raptar a Vicky, enviaron contra Al Benson a Edith Foster, una servicial enfermera que apuesto estaba enamorada del doctor. Ella debía liquidar a Benson, aprovechando el viaje en que había de establecer contacto con Harris, exhibiendo una supuesta carta escrita por su amigo de California.

—No se le ha escapado detalle, ¿eh?

—Es pura deducción de unos hechos que se comentan solos. Tome usted, por ejemplo, el caso de Edith Foster. Yo la vi casualmente cuando me despedía del doctor Niven a puerta de su habitación. Aquello equivalió a una sentencia de muerte. Lo pude ver en los ojos del doctor. De ejecutarla se ocuparon Kipp y Ronald, y Niven eligió un buen sitio para ello. La cabaña número nueve de El Hechizo, donde se alojaban Dean Johnson y Elaine Walker. Ahí tiene usted otro tipo, otra mosca. Dean Johnson, que también trabajaba por su cuenta en busca del tesoro, secundado por su prometida Elaine Walker. Ésta se enteró de la verdadera personalidad de su jefe y lo comunicó a Dean, el cual entreabrió la posibilidad de convertirse en millonario. Se dedicó a investigar los pasos de Harris y éstos le condujeron al apartamento de Vicky. Sólo tuvo entonces que hacerle el amor a la joven creyendo que ella estaría enterada del lugar en que se escondía el cofre. Luego, al darse cuenta de que el trabajo encerraba más dificultades de las que había calculado, me contrató a mí para que le fuese allanando el camino y recibiese los golpes. Un muchacho muy inteligente. —Bob se volvió nuevamente hacia los dos cuervos, preguntándoles—: ¿Qué habéis hecho con Johnson y su novia? ¿Matáis al por mayor?

Kipp hizo una mueca, contestando:

—Fue fácil espantarlos. Llegamos allí en el coche y Ronald se quedó en él con Edith. Entré sólo en la cabaña, y cuando los tortolitos vieron el ojo de mi pistola, dieron por terminado el romance. Tenía que haber visto usted a Johnson lloriquear como una mujer. En cambio, la chica se mantuvo serena. Johnson me juró que se iría lejos de Oswego y se olvidaría de todo. Eso era lo que quería el doctor, de modo que le dije que se marchasen. Desde luego, puede estar seguro de que la muchacha, a partir de ahora, aborrecerá a Johnson. Se dio cuenta de que era un cobarde.

—Entendido —dijo Mitchell—. Y cuando la cabaña quedó desocupada, vosotros metisteis en ella a Edith Foster, la privasteis del conocimiento e hicisteis una bonita hoguera. Si ya hubo una castaña asada, ¿por qué no había de haber otra?

Winters emitió una risita.

—¿Ha terminado ya su disertación, profesor?

—Sólo falta sacar la moraleja de la historia.

—¿Y cuál es a su juicio?

—La de que los delincuentes raras veces reparten su botín. Máxime cuando les ha costado tanto trabajo conseguirlo. Usted, Winters, jamás verá las monedas de oro.

—¿Quiere sacarme de quicio, Mitchell?

—No, Charles, y le voy a decir aún más. Usted no saldrá vivo de esta habitación.

Winters lanzó una carcajada histérica.

—¿Quién, Mitchell? ¿Quién me va a matar a mí?

—Kipp.

Hubo un silencio en la estancia. De pronto, Charles rió otra vez, pero ahora su carcajada fue seca.

—¿Lo habéis oído, muchachos? ¿Qué dices tú, Kipp? ¿No resulta gracioso lo que acaba de decir?

Charles empezó a estremecerse, como si sintiese un intenso frío. Sus ojos no se apartaban de los del gordito.

—¡Niven no puede haber ordenado una cosa así! ¿Lo oyes, Kipp?

—Y tras otra pausa, Winters se incorporó jadeante y chilló—: ¡Yo soy quien tiene más derecho que nadie al tesoro! ¡Yo maté a Walter Hogan y también maté a la hija! ¡Nadie puede quitármelo!

La voz de Kipp sonó lúgubre:

—Estás nervioso, Charles. Cálmate.

—¡No quiero calmarme! ¡El cofre tiene que ser mío! ¡Niven no puede hacerme matar! ¡El no ha corrido ningún peligro!

Kipp levantó la pistola pulgada a pulgada hasta que su ojo negro quedó fijo en el pecho de Winters.

—¿Qué vas a hacer, muchacho? —preguntó, ansiosamente, Charles.

—Te conviene descansar, Winters.

—¡No lo hagas, Kipp!

—Has vivido veinticinco años como una rata cogida en una trampa, Charles. Ahora te voy a dar la libertad.

—¡No quiero morir! ¡No podéis matarme! ¡El tesoro es mío! ¡Es mío! ¡Nadie podrá quitármelo!

Sonó un estampido y de la pistola que esgrimía Kipp salió una nubecilla de humo azulado que ascendió rauda. En el centro del pecho de Winters apareció un agujero pequeño, del tamaño de una moneda de cinco centavos y de él brotó sangre. Pareció que sus ojos

se iban a salir de sus órbitas y sus todavía temblorosos labios murmuraron:

—No... quiero... morir...

Al cabo de un rato, comentó Ronald:

—Hay uno menos para repartir.

Bob, en el transcurso de los últimos minutos, se había ido corriendo hacia el borde del sillón en que se sentaba, y rápidamente, cuando el largo y huesudo cuervo hubo terminado de pronunciar las últimas palabras, pegó un salto poniendo en juego su recia musculatura, y aprisionó férreamente por la cintura a Kipp, que continuaba a su lado, después de haber matado a Winters. Lo hizo girar como una centella, poniéndolo como escudo al tiempo que corría su mano hacia la que aprisionaba la pistola. Ronald disparó y la bala se hundió en el estómago de su compañero. Luego, al ver lo que ocurría, hizo fuego una y otra vez con la esperanza de que sus proyectiles, atravesando aquella barrera de carne, llegaran a su destino, a Robert Mitchell.

Kipp lanzó un quejido y luego se estremeció espasmódicamente cada vez que los insectos de plomo le picoteaban el cuerpo. Dejó de ofrecer resistencia al detective y éste pudo alcanzar su arma. Cuando esto se produjo, sólo tuvo que presionar el dedo de Kipp que se adhería al gatillo para que una bala saliese por el cañón y se clavara en la frente de Ronald, quien, herido de muerte, abrió la boca despavorido y se abatió sobre el piso.

Bob dejó de abrazar al gordito y éste se derrumbó pesadamente, cuando hacía ya rato que era cadáver.

La puerta de comunicación del despacho con el exterior se abrió violentamente y un tropel de hombres irrumpió en la estancia.

Eran el teniente Brigs Arnold, el sargento Sullivan, Rex Simmons y Jeffrey Smith. Los cuatro se detuvieron como si hubieran encontrado ante ellos un cable de alta tensión y miraron los cuerpos que había en el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —rugió el teniente de la Brisada de Homicidios, mirando ceñudamente a Mitchell.

El detective fue señalando los cuerpos exánimes mientras decía:

—Éste mató a éste. Ése mató a éste. Y yo maté a éste.

—Y apuesto a que el estado le matará a usted sentándolo en una silla a todo confort.

—No diga tonterías, teniente. Tiene el caso resuelto. Charles Winters, que es e. 1 que está junto a la mesa, mató a Walter y Jean Hogan. Pero eso será mejor que se lo explique por el camino. Hemos de darnos prisa. El doctor Niven se ha ido a, por el cofre de las monedas de oro, llevándose como rehenes a Reginald Barrie, alias John Harris, y a la hija de éste, Vicky Martin.

—¿Quiere tomarme el pelo, Mitchell?

—Haga lo que mi patrón dice y todos seremos más felices —exhortó Rex Simmons.

—Es lo que digo yo —corroboró Jeffrey—. Ha matado a tres tipos, pero estoy seguro de que es un buen chico.

El teniente se volvió hacia el conductor e hizo una mueca rezongando:

—¿De veras? Ya me dirá qué sistema es el suyo para saberlos distinguir. —Luego se volvió hacia Bob y preguntó—: ¿Adónde hemos de ir?

—A Pine Point. ¿Qué estamos esperando?

CAPÍTULO XI

El doctor Archie Niven apretaba la culata de la pistola con la diestra, mientras con la izquierda sostenía una potente linterna que derramaba un haz de luz sobre el lugar en que Reginald Barrie cavaba la tierra. Vicky se mantenía en pie, frente a Niven, observando el hoyo cada vez más hondo que hacía su padre.

De pronto, el pico de acero chocó contra algo, produciendo un ruido metálico.

—¡Ahí está! —exclamó, emocionado, el médico—. ¡Vamos, dese prisa!

Barrie, respirando fatigosamente, prosiguió su trabajo y al cabo de unos diez minutos dejó a un lado el pico y empleando solo las manos empezó a tirar del cofre que perteneció a Walter Hogan.

Haciendo un gran esfuerzo, lo sacó fuera, colocándolo arriba.

—¡Ábralo, Barrie! —ordenó el doctor.

Reginald invirtió otros cuatro minutos en conseguir abrir la tapa del cofre, ya que por muchas partes estaba herrumbrado.

Entonces, el interior quedó al descubierto y los ojos de Niven se desorbitaron al comprobar que estaba lleno hasta casi al borde, de monedas de oro.

Agachóse lentamente y hundió su mano temblorosa en el áureo metal. Cogió un montón de piezas y luego las dejó caer poco a poco.

—¡Oro! ¡Es oro!

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Barrie con cierto temor.

Niven lo miró y, tras permanecer un rato en silencio, dijo haciendo una mueca de crueldad:

—No lo compartiré con nadie, si es eso a lo que se refiere. He fletado un avión que me está esperando a unas quince millas de aquí. Sabía que esta noche no podía tallar. Me iré a América del Sur. Allí hay buenos sitios donde poder disfrutar de una buena vida.

—De acuerdo —repuso Reginald—. Márchese ya. No se

preocupe por nosotros. Ya conseguiremos un coche que nos lleve a Oswego.

Niven sonrió ferozmente.

—No, Barrie. Usted y su hija no van a ir a ningún sitio.

—¿Quiere decir que no va a cumplir su palabra? —preguntó Barrie, apretando con firmeza los labios.

—Eso mismo. No me crea tan ingenuo que los voy a dejar con vida. Me perseguirán hasta el fin del mundo para recuperar el tesoro.

—¡Está equivocado! ¿Cree que todo el mundo es como usted? Aprecio más la vida de mi hija que cien mil cofres como éste.

—No, Barrie, no le valdrá.

—Está bien, máteme a mí, pero déjela a ella con vida. ¿Qué daño puede hacer una mujer?

—No hay conmutación de la pena. Mataré a los dos.

—Está loco, doctor, más loco que cualquiera de sus pacientes. ¿Es que la vida de una persona no tiene importancia para usted?

—No, ninguna. ¿Qué es usted, o su hija, o Edith Foster? Para mí no son nada. Sólo importo yo.

—¡Déjalo, papá! —aconsejó Vicky—. Es un ser despreciable, un enfermo, un verdadero monstruo.

Eli rostro del médico se contrajo en un rictus de fiereza. Levantó la pistola para disparar primero contra Vicky, y Reginald gritó:

—¡No, doctor!

Sonó un estampido y luego otro.

Niven se quedó mirando a Vicky durante tres segundos y después dejó caer la pistola y cayó hacia adelante, en el hoyo del que había sido sacado el tesoro de Walter Hogan.

Se oyó un tropel de pasos y aparecieron en el lugar Mitchell, Arnold, Simmons y Jeffrey.

El detective señaló triunfalmente el cofre abierto, mostrando las monedas de oro, y preguntó:

—¿Qué dice ahora, teniente? ¿Cree o no en tesoros?

Arnold se rascó el cogote.

—¡Que me emplumen! Ya sólo falta que en este caso tropiece con un hada.

Vicky Martin echó a correr hacia Mitchell, le pasó los brazos por el cuello y le besó en la boca.

—¡Es usted genial, señor Mitchell! —Ponderó ella, cuando se separó.

Entonces, Bab miró de soslayo al teniente y dijo:

—¿Ve usted? Éste es el premio de los que somos candorosos e inocentes. Yo ya tengo mi hada...

E inmediatamente, enlazó por la cintura a la muchacha y la atrajo hacia sí, volviendo a juntar sus bocas.

La escena tenía lugar en el despacho de Reginald Barrie. Rex Simmons se hallaba sentado cómodamente con las piernas cruzadas, fumando un gran cigarro. Bob se apoyaba en un ángulo de la mesa, sobre la que Barrie estaba firmando en aquel instante un cheque.

—Bien —dijo Barrie—. Creo que se lo han ganado.

El detective tomó el talón que el otro le alargaba y, tras examinarlo, se puso en pie y acercóse adonde se hallaba su amigo, indicando:

—Echale una ojeada tú, Rex. A mí me marean los ceros.

Simmons cogió el talón por los dos extremos y, cuando sus ojos leyeron la cifra, escupió el cigarro y exclamó:

—¡Canastos! Creo que yo también voy a necesitar gafas. Leo diez mil dólares.

Reginald se levantó y dando la vuelta a la mesa dijo:

—Es lo menos que puedo ofrecerles por su trabajo.

En aquel momento la puerta se abrió y entró en la estancia Vicky, la cual se cubría con un abrigo de visón y un sombrero adornado con plumas.

—¡Hola, papá! —saludó—. ¿Qué tal, muchachos?

Simmons lanzó un silbido de admiración.

—Parece una artista de cine, señorita Barrie.

—Gracias, Simmons, es usted muy amable. —Luego la bella miró a Bob y preguntó—: ¿Y a usted, Bob? ¿No se le ocurre nada?

—Me va algo por la cabeza, pero me temo que hay demasiada gente aquí para comunicárselo.

—¿De veras? —replicó ella, haciendo un delicioso mohín—. Pues ésta está pronto arreglado. Salimos un momento fuera y...

Mitchell se dirigió resueltamente hacia ella, la prendió del brazo y ambos echaron a andar hacia la puerta:

—Un momento, Mitchell —atajó Reginald—. Quisiera hacerle una pregunta. ¿Tiene usted alguna explicación para la extraña

conducta de Dean Johnson?

Vicky y Bob se volvieron y el segundo respondió:

—Johnson era un verdadero manojo de nervios, uno de esos individuos que en un momento determinado piensa una cosa y a la media hora rechaza la idea, sustituyéndola por otra. Me contrató a mi contándome una historia inverosímil al objeto de interesarme en el trabajo. Me eligió sabiéndome un detective desconocido que tendría pocos encargos y que estaría necesitado de plata. Fue un buen plan, desde luego, como lo prueba el que yo me metiese en este condenado embrollo hasta el cuello. Pero, luego de salir de mi despacho, a Dean se le ocurrió otro plan para el caso de que yo no adelantase en mis investigaciones. Pensó que podía coaccionar a Vicky en calidad de prometida suya, obligándola a que le confesara la relación que la unía a usted. Una_ vez dado_ este paso, estableciendo que usted era Reginald Barrie y Vicky su hija, supuso que con habilidad lograría participar del secreto del tesoro de Walter Hogan. Por ello, basándose en los celos, prohibió a Vicky que siguiese viéndose con usted. Pero sus suposiciones fallaron desde el momento en que su hija accedió a sus deseos, a pesar de que Dean le comunicó que había encargado a un detective privado bucease en la vida de John Harris. Vicky sintió miedo de que las cosas se complicaran y convino con Dean en terminar sus entrevistas con usted a condición de que Johnson cancelase el encargo, que me había hecho. Todo hubiera ido más aprisa si Vicky hubiese dado una respuesta concreta a mi pregunta sobre las supuestas sesiones de hipnotismo...

—Pero así ha sido aún más emocionante —sonrió la joven, apretándole la mano—. Lo inventé para justificar las entrevistas con mi padre, de lo que se aprovechó Johnson.

—Es usted grande, Mitchell —ponderó Reginald—. Que se diviertan.

Los dos jóvenes giraron nuevamente y se dispusieron a salir de la habitación.

—¡Eh, Bob! —gritó de pronto Simmons.

Mitchell volvió la cabeza cuando ya tenía la mano en el pomo.

—Se me olvidó decírtelo. Mientras tú estabas en la peluquería, vino al despacho una pelirroja preguntando por ti. Quiere que te encargues de su caso. Resulta que ella no sabe si es ella o una

hermana gemela.

—¿Una pelirroja? —chilló Vicky—. No lo consentiré. Ocúpate tú de eso, Rex. Bob las prefiere con el cabello castaño.

Rex frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué dices tú, Bob?

Bob se encogió de hombros y repuso:

—Ya lo has oído, muchacho. Después de tantas castañas asadas, creo que me conviene una cruda.

Y después de estas palabras, Bob y Vicky salieron de la habitación, sonriendo alegremente.

FIN

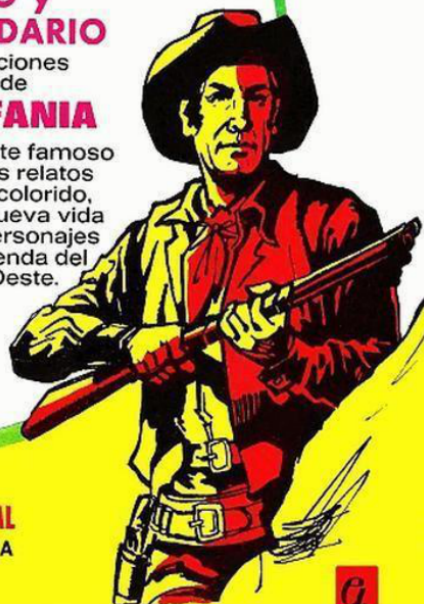
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

